



HAL
open science

El movimiento carapintada en Argentina. Las fijaciones estratégicas como condicionantes del proyecto político, rémoras de la Guerra Fría

Edgardo Manero

► To cite this version:

Edgardo Manero. El movimiento carapintada en Argentina. Las fijaciones estratégicas como condicionantes del proyecto político, rémoras de la Guerra Fría. Frédérique Langue; María Laura Reali. Las ideologías de la nación. Memorias, conflictos y resiliencias en las Américas, Prohistoria Ediciones, pp.141-176, 2022, 978-987-809-040-5. <hal-03916621>

HAL Id: hal-03916621

<https://hal.science/hal-03916621v1>

Submitted on 18 Oct 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

Las ideologías de la nación

Memorias, conflictos y resiliencias en las Américas

Frédérique Langué y María Laura Reali
(coordinadoras)

 **Prohistoria**
ediciones



prohistoria
ediciones

Rosario, 2022

Las ideologías de la Nación : memorias, conflictos y resiliencias en las Américas /
Frédérique Langué ... [et al.] ; coordinación general de Frédérique Langué ;
María Laura Reali. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2022.
274 p. ; 23 x 16 cm. - (Historia y Antropología de América Latina / 22)

ISBN 978-987-809-040-5

1. Historia. 2. Historia de América. 3. Populismo. I. Langué, Frédérique, coord. II. Reali, María
Laura, coord.

CDD 320.5662098

Publié avec le concours de l'Institut d'Histoire du Temps Présent-CNRS.

Avec le support de: Université Paris Cité.

HISTEMAL (IRH-IHTP)

Maquetación de interiores: Estudio XXII

Maquetación de tapa: Estudio XXII

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos
especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

©Frédérique Langué

© de esta edición:  **prohistoria**
ediciones

Email: admin@prohistoria.com.ar

www.prohistoria.com.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de por-
tada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autori-
zación del editor.

Este libro se terminó de imprimir en Fervil SRL, Rosario, Argentina,
en el mes de diciembre de 2022.

Impreso en la Argentina

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
<i>Republicanism y populismo: ¿expansión de la democracia liberal o forja del democratismo plebeyo?</i> por Armando Chaguaceda e Ysrael Camero.....	17
<i>Demonios y minotauros del tiempo presente venezolano De la lucha armada al mito revolucionario</i> por Frédérique Langue.....	41
<i>Populismo, nación y participación popular: el caso boliviano</i> por Federico Tarragoni.....	67
<i>Alquimia de un populismo trunco Sobre Podemos y su recepción de la obra de Ernesto Laclau</i> por Julián Melo y Javier Franzé.....	85
<i>Herrerismo internacional De la conflagración mundial al orden bipolar (1939-1959)</i> por María Laura Reali y Matías Borba Eguren.....	105
<i>El movimiento carapintada en Argentina Las fijaciones estratégicas como condicionantes del proyecto político, rémoras de la Guerra Fría</i> por Edgardo Manero	141
<i>Las derechas argentinas en el siglo XXI Entre la nueva política y el anti-izquierdismo radicalizado</i> por Sergio D. Morresi, Ezequiel Saferstein y Martín Vicente	177

Destruir y mover estatuas

*Dos ejemplos de disputas memoriales en torno a los monumentos
y héroes nacionales en el Chile reciente (2019-2021)*

por Manuel Gárate Chateau 201

Venezuela bajo la égida de la epopeya y la nostalgia

por Jo-Ann Peña-Angulo 221

Duelo, mesianismo e iconocracia

en el latinoamericanismo de la Guerra Fría

por Rafael Rojas..... 261

LOS AUTORES y LAS AUTORAS..... 271



VERSIÓN FINAL

El movimiento carapintada en Argentina

Las fijaciones estratégicas como condicionantes del proyecto político, rémoras de la Guerra Fría

Edgardo Manero

La redefinición de la institución militar en América Latina, entre la Guerra Fría y el desorden global

El fin de la Guerra Fría evidenció en América Latina un debilitamiento político de las Fuerzas Armadas que se acompañó de nuevas formas de participación en la vida pública. Los militares dejaron de ser ese actor político que cuestionaba periódicamente el orden constitucional, característico de la cultura política latinoamericana. La crisis de las instituciones militares se reflejó en una búsqueda identitaria que trascendió los cambios doctrinarios y la formulación de nuevas hipótesis de conflicto. La redefinición del rol de la institución militar participó de proyectos políticos muy diversos. La globalización profundizó la crisis que golpeaba, de manera desigual, a los militares latinoamericanos desde los años 1980 y el fin de los Estados burocrático-autoritarios. Ella significó para éstos un cuestionamiento, ya que la existencia y la razón de ser de las Fuerzas Armadas estaban estrechamente relacionadas con una concepción tradicional del Estado nacional, de la soberanía, del territorio y de la defensa. En este marco, los detentores del monopolio del conocimiento guerrero –en tanto que saberes técnicos que implican el hecho militar–, tratan de ocupar un lugar diferenciado en la sociedad, buscando construir un sentido por la vía de una misión de acuerdo con su autopercepción como grupo singular y élite tecnócrata. Las Fuerzas Armadas, organismo corporativo más o menos autónomo según las sociedades, tienden a adoptar un comportamiento correspondiente al papel de agente especializado en la protección del aparato estatal y de la sociedad. Este papel responde al militar profesional propio de la tradición de la democracia liberal en Occidente. Ahora bien, algunos objetivos establecidos por la búsqueda de un sentido, como la participación en la seguridad interior o el compromiso con proyectos políticos, crean tensiones con esta tradición. En este contexto, se desarrollaron proyectos que, si bien retomaban tradiciones arraigadas en la región que iban del control social al desarrollismo, pasando por la asistencia social o la refundación nacional, estaban condicionados por el nuevo escenario marcado por la globalización y el neoliberalismo.

El ajuste de la economía, las crisis de gobernabilidad, la corrupción, la inexistencia de alternativas de oposición al modelo de democracia liberal-economía de mercado, las nuevas formas de conflictividad, la injerencia de Estados Unidos y las privatizaciones de los complejos industriales militares crearon una situación en la que la relación de los militares con la política se expresó de formas diferentes a las de los años de la Guerra Fría. En el desorden global, parte de las Fuerzas Armadas latinoamericanas pasaron del conservadurismo liberal al neopopulismo contestatario. En virtud de su dimensión política regional, el chavismo es el paradigma de este modelo, pero no agota la cuestión. Desde finales del siglo XX, el fenómeno tiene un carácter continental, aunque es más evidente en la América andina. Por sus características ideológicas, el ethnocacerismo peruano es un ejemplo del sincretismo de estos movimientos. En sus postulados, el marxismo de Isaac Humala rencuentra la búsqueda de una doctrina contrainsurgente autónoma para enfrentar a Sendero luminoso.

Las modificaciones experimentadas, han supuesto un cambio significativo para Fuerzas Armadas como las latinoamericanas que, tradicionalmente, habían tenido un papel ideológico conservador, definiéndose en la lucha contra los populismos y los movimientos de izquierda. En América Latina, la dinámica de la intervención militar en política posterior a la Guerra Fría volvió a plantear la cuestión del “nacionalismo”, componente central en los procesos de recomposición política vividos en la región a partir de las transformaciones de la década de 1990.

En Argentina, los años 1980 se caracterizaron por una profunda crisis de identidad militar que planteó ciertos interrogantes: ¿cuál es la razón de ser de la profesión? ¿qué significa ser militar? Se trataba, en última instancia, del modo o de los modos de ser soldado.¹ Las Fuerzas Armadas argentinas se encontraban en una situación de crisis de legitimidad y desprestigio producto del historial de la dictadura militar. El fracaso en la Guerra de Malvinas, el terrorismo de Estado y la crisis económica afectaron profundamente a la institución castrense. El caso argentino tiene una particularidad que ha permitido el avance del control civil. A diferencia de otros procesos militares, como el chileno y el brasileño, los militares argentinos perdieron una guerra externa. El comportamiento en el Atlántico Sur fue cuestionado por los propios militares con el Informe Rattenbach. El movimiento carapintada, como actor político, con sus diferencias y contradicciones, es la expresión de esta crisis. Más allá de sus diferencias internas, ese movimiento puede tratarse como una unidad.

Los levantamientos, el momento fundacional

En el marco de la racionalización del presupuesto de defensa y del Juicio a las Juntas por terrorismo de Estado, se produjeron una serie de acciones militares

1 Ver Ernesto López, *El último levantamiento*, Legasa, Buenos Aires, 1988.

en abril de 1987 y enero de 1988 (Aldo Rico) y en diciembre de 1988 y de 1990 (Mohamed Alí Seineldín) contra el gobierno de Raúl Alfonsín y Carlos Menem.² Las acciones fueron realizadas por una fracción del Ejército que empezó a denominarse comúnmente “carapintadas”. Más allá de lo generalmente admitido, los levantamientos no son uno; responden a lógicas y coyunturas diferentes y expresan múltiples cuestionamientos y demandas. La frustración por la derrota de Malvinas, la ausencia de una valoración social de la lucha anti-subversiva que trasciende la exigencia de una solución política para los juicios, la cuestión de la autonomía militar y el desprestigio de la institución, las responsabilidades al interior de las Fuerzas Armadas y la crítica a su conducción convergen. Estas cuestiones que impulsaron en conjunto al movimiento carapintada aparecen formuladas de manera diferente en las cuatro sublevaciones. Estas manifestaron una “crisis de identidad” y “profesional” en el Ejército,³ evidenciando, en la quiebra de la cadena de mandos, una fractura horizontal que implicó la desarticulación y ruptura del sentido de unidad y solidaridad corporativa o del “espíritu de cuerpo” castrense.⁴

El levantamiento militar protagonizado durante la Semana Santa de 1987 es el punto constitutivo. Condicionó al alfonsinismo licuando su capital político y estigmatizándolo, como se desprende del recuerdo colectivo de las expresiones del Presidente R. Alfonsín “la casa está en orden” y “felices pascuas”. La rebelión tuvo no solo como objetivo presionar a su gobierno para que encontrara una solución a los enjuiciamientos por los crímenes de lesa humanidad cometidos por miembros de las Fuerzas Armadas durante la represión en la dictadura militar, sino que también cuestionó al “generalato de escritorio” invocando nuevos modelos institucionales y liderazgos castrenses.⁵ La acción desembocará en la decisión de acelerar la sanción de la ley de “Obediencia Debida” por la cual la mayoría de los militares responsables de la represión clandestina durante la dictadura militar quedaron impunes hasta la declaración de inconstitucionalidad de esa norma por la Corte Suprema de la Nación en 2005.

2 Sobre los levantamientos ver Ernesto López, *El último levantamiento...*, cit.; Marcelo Sain, *Los levantamientos carapintada. 1987-1991*, CEAL, Buenos Aires, 1994; Germán Soprano, “Carapintadas” en Andreína Adelstein, Gabriel Vommaro (eds), *Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2014, pp. 75-79; Guillermo Martín Caviaasca, “Carapintadas, ni ángeles ni demonios”, *Radio Gráfica*, 16/04/2022. <https://radiografica.org.ar/2022/04/16/carapintadas-ni-angeles-ni-demonios/>

3 Ernesto López, *El último levantamiento...*, cit.

4 Marcelo Sain, *Los levantamientos carapintada...*, cit.

5 Sobre las tensiones en el contexto de crisis institucional del Ejército ver Germán Soprano, “La educación militar en la transición democrática argentina. Tensiones entre concepciones tradicionales y reformistas en el contexto de crisis profesional e institucional del Ejército. 1984-1986”, *Páginas*, año 9, Núm. 19, enero-abril, pp. 98-121. <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>

El levantamiento se pareció poco a las anteriores sublevaciones. Se trató de militares atrincherados y de reducidos grupos cívico-militares que realizaron acciones puntuales con repercusión en los medios de comunicación, sin cuestionar abiertamente el sistema democrático, evocando la búsqueda de objetivos definidos como corporativos. Atrás parecían quedar las imágenes de soldados, armados y uniformados, controlando las calles y ocupando los puntos estratégicos buscando destituir al gobierno. Estas volvieron en diciembre de 1990 con actos de violencia inusitada, ya en potencia en Villa Martelli en 1988, entre militares argentinos. A medida que los levantamientos pierden legitimidad entre los miembros del Ejército aumentan las violencias intramilitares. La politización que implicaba el seineldinismo percibido como un intento de forzar los cambios e imponer una visión determinada de lo político-militar generaba resistencia en los cuarteles, principalmente en la oficialidad. El Ejército conducido por Cáceres, pasó a retiro a Seineldín y dió de baja a Rico y a otros oficiales carapintadas.

Lo que hasta el levantamiento de Villa Martelli era fundamentalmente una “interna” militar, cambia. Ya no se trata de denunciar la ineptitud de los jefes de Estado Mayor sino de evitar –según Seineldín– el desmantelamiento de las Fuerzas Armadas y la anarquía. La sublevación de 1990 presentaba características que la distinguían de las anteriores. Las declaraciones objetaban las políticas implementadas por el menemismo. El incumplimiento de las promesas menemistas de reconstrucción de un Ejército “Nacional” –Menem⁶ habría prometido a Seineldín, a quien calificó de “brillante”, injerencia en la política de defensa y la reorganización de las Fuerzas Armadas–, pesa más que el juicio sobre el pasado. El levantamiento formó parte de la negación del principio de *pacta sunt servanda* que caracterizó al menemismo. Seineldín siempre afirmó haber llegado a un acuerdo con Menem antes de las elecciones.⁷ Éste, negado por Menem, consistía en que Seineldín garantizara la abstención de los militares. Seineldín aparecía como un garante de la posibilidad de un gobierno peronista. Durante la campaña electoral, el discurso de Menem tuvo un componente nacionalista afín al relato revisionista. Su reivindicación de la causa de Malvinas llegó a los militares malvineros y generó desconfianza tanto en las elites como en los militares “liberales” o que reivindican el profesionalismo militar.

El alzamiento del 3 de diciembre de 1990 se produjo en otro tiempo, el del proyecto del Presidente Menem, lo que explica que fuera fuertemente reprimido; se evocó incluso el fusilamiento de los cabecillas rebeldes. Independientemente de la decisión de “no combatir” sostenida por miembros del Ejército “leal”, el levantamiento implicó muertos y heridos, incluso civiles, y fue seguido de encarcelamientos. La resolución definitiva de la cuestión militar debe ser

6 La familia de la esposa de Carlos Saúl Menem mantuvo un vínculo político permanente con Seineldín.

7 *ABC*, 8/6/2003

pensada en el marco de la “refundación civilizacional” menemista,⁸ de la cual las “relaciones carnales” con Estados Unidos –el levantamiento ocurrió en el marco de la llegada de George Bush a la Argentina– y la política de “reconciliación nacional” eran la pieza central. Entender el “último levantamiento” demanda también considerar el sistema internacional, en particular la globalización como proceso y como ideología. El seineldinismo siempre afirmó haberse levantando porque el presidente estadounidense venía a concluir “la entrega del país”. En lo militar implicaba, en el frente externo, la incorporación de las Fuerzas Armadas argentinas al dispositivo estratégico estadounidense de la mano de las “nuevas amenazas” y de las intervenciones humanitarias. Su primera expresión, la participación en la Primera Guerra del Golfo, generó molestias en miembros de las Fuerzas Armadas.

Componente del “realismo periférico” promovido por Carlos Escudé,⁹ la nueva doctrina militar del menemismo requería terminar con los carapintadas. Es un contexto nacional diferente en relación con la cuestión militar, caracterizado por la resolución del conflicto con los sectores liberales de las Fuerzas Armadas –el beso del Presidente Menem al almirante Isaac Rojas, expresión misma del antiperonismo, es simbólicamente significativo– y, en particular, con los militares procesistas a través de los indultos. Las consecuencias de la represión ilegal no orientaron las demandas seineldinistas. No sólo porque los carapintadas eran críticos del indulto a la cúpula del Proceso, sino también porque, tras el mismo, no podían contar ni con el apoyo de los acusados por los delitos cometidos durante la dictadura cívico-militar ni aún con el de sus soportes sociales.

Los levantamientos fueron protagonizados por oficiales subalternos que habían participado activamente en el conflicto del Atlántico Sur y contaron con el importante apoyo de suboficiales; tanto la represión como la Guerra de Malvinas habían implicado la participación de cuadros medios y bajos. En un contexto de desprestigio de lo militar y de deterioro salarial y de las condiciones de trabajo, los carapintadas supieron interpretar sus reclamos, en particular de los suboficiales. Lo que explica que la rebelión de diciembre de 1990 fuera protagonizada básicamente por estos últimos.¹⁰ A fines de los años 80 el arraigo de los carapintadas en los sectores subalternos se evidenciaba en la instrucción, donde les hacían pintar la cara a los soldados.

La Guerra de Malvinas estructuró el imaginario carapintada, otorgando legitimidad a su causa. Los carapintadas han alimentado de leyendas la reputa-

8 Ver Edgardo Manero, *L'Autre, le Même et le bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin, ruptures et continuités dans le désordre global*, L'Harmattan, París, 2002.

9 Carlos Escudé, *Realismo periférico: fundamentos para la nueva política exterior argentina* Planeta, Buenos Aires, 1992.

10 Al respecto ver el artículo “La hora de los zumbos”, *El Porteño*, año X, Núm. 109, enero de 1991, pp. 17-19.

ción de los oficiales que lucharon en el Atlántico Sur. La construcción de un vínculo de fraternidad a partir de Malvinas intentó establecer signos de reconocimiento que trascendieran una identidad articulada básicamente en torno a una definición muy precisa: ejército-infantería-comandos. Utilizando el valor de la fraternidad, los carapintadas le hablaron a la sociedad como veteranos, a través de evocaciones recurrentes de la guerra. Apelaron al sentimiento patriótico de cada uno buscando un compromiso perenne de todos. Seineldín sostenía que, si Menem lo enviaba Malvinas, se olvidaba de Menem y apoyaba la causa.¹¹ Esencialistas (los carapintadas), la causa de Malvinas es evocada como la continuación del espíritu de innumerables luchas y batallas de una guerra de emancipación. Los discursos sobre los conflictos que han construido la historia argentina permiten hacer de la guerra y de la lucha un símbolo del esfuerzo que hace el “Pueblo” por defender esta idea de Patria que les es querida y de la que se hacen los protagonistas y defensores más tenaces. La historia contemporánea de la Argentina estaría marcada por tres conflictos. Seineldín sostenía que Rico y él cargaban con la guerra contra la subversión, la de Malvinas y el conflicto con Chile.¹²

Los insurgentes se levantaron no sólo contra su jerarquía, a la que acusaban de inmovilismo e incompetencia profesional, sino también contra las autoridades civiles, independientemente de la calificación de motín, rebelión o golpe de Estado que pueda merecer su acción. Tanto Rico como Seineldín negaron reiteradamente todo intento golpista, reivindicándose constitucionalistas.¹³ Para Rico los levantamientos eran la única forma de darle una señal a la dirigencia;¹⁴ implicaban el intento, como sostenía, de una solución política para un hecho político como es la guerra. El contexto abierto en 1983 implicó una reorganización de la forma de relacionarse de los guerreros con la política. En este marco los carapintadas presionaron al poder político para la búsqueda de una salida negociada a conflictos que no eran sólo corporativos; la rebelión les permitía perseguir sus objetivos de seguir siendo un actor político armado, la recuperación del protagonismo político perdido tras el colapso de la dictadura.¹⁵

Estos levantamientos militares estaban socialmente condenados al fracaso. Para la sociedad nacional e internacional, eran la expresión del pasado. Las proclamas y los programas eran obsoletos, las acciones percibidas como un anacronismo, porque se oponían a un sistema político democrático ampliamente aceptado y compartido. Aunque el retorno de los militares carecía de los consensos internos y externos necesarios, en una sociedad sensibilizada a la

11 *Página/12*, 28/6/1998.

12 *Página/12*, 28/6/1998.

13 Entrevista a M. Seineldín, *La Nación*, 10/12/1997.

14 Entrevista a Aldo Rico, *Debate*, Núm. 4, marzo de 1990, p. 11

15 Marcelo Sain, *Los levantamientos carapintada...*, cit., pp. 11-12.

autonomía militar –y, para decirlo en términos de N. Bobbio, preocupada por “la penetración de los intereses de carácter militar en el tejido social y su amplia aceptación”–, los “planteos” fueron generalmente reducidos a intentos de golpes de Estado. La idea de la existencia de un sector militar decidido a terminar con la democracia fue conducida al paroxismo en el copamiento de la Tablada, justificado como acto necesario para impedir un golpe de Estado carapintada.¹⁶ Al reintroducir la figura del “enemigo interno”, esta acción cambió el eje de interpretación establecido tras los alzamientos y modificó los términos del debate en torno a cómo enfrentar la reivindicación de la guerra sucia y la posibilidad de una amnistía, lo que condujo a sospechar de una acción de los servicios de inteligencia.

Salvo raras excepciones, la debilidad política de Fuerzas Armadas fragmentadas –el golpe solo podría ser el resultado de militares unidos– fue ignorada, no aparecía en las interpretaciones. La importancia de la fractura producida en el Ejército fue subestimada, reducida a la oposición entre un Ejército “leal” y uno “autoritario”. La contradicción alfonsinista “democracia-dictadura” orientó –y sigue orientando– la percepción de los levantamientos.¹⁷ Presentada la situación de esta forma, no sólo el sistema político, sino también la sociedad civil se veía obligada a sostener la figura presidencial.¹⁸ Legitimada por el paradigma de la “teoría de la democracia” tanto en la política como en la academia, esta interpretación es producto de la centralidad de una cuestión militar reducida a la protección del orden institucional considerada como pendiente o irresuelta. Lejos de la formulación de una política de defensa integral, esta cuestión buscaba básicamente limitar el poder militar reduciendo su autonomía. Paradójicamente, las concesiones efectuadas por el gobierno radical para fortalecer a las Fuerzas Armadas “leales” consolidó un liderazgo identificado con una tradición militar: la hegemónica desde 1955. Expresión de su importancia en la sociedad argentina, el desmantelamiento de las Fuerzas Armadas operado durante el menemismo, que fue más allá del fin del servicio militar obligatorio y de la reducción del complejo industrial-militar, en parte por las privatizaciones, será compartido, por razones diferentes, por sectores de izquierda y de derecha.

Incapaces de reunir a todas las Fuerzas Armadas en sus acciones de protesta, los carapintados permanecieron relativamente aislados. Las tensiones al interior de las Fuerzas Armadas se resolvieron con purgas en el Ejército; con la derrota del proyecto nacionalista, los militares argentinos rechazaron un modelo que

16 Hacemos referencia al intento de ocupación de la guarnición del Ejército, el 23 y 24 de enero de 1989, por un comando del Movimiento Todos por la Patria. La interpretación generalizada es que buscaban provocar una insurrección popular mediante la excusa de un golpe carapintada.

17 Un buen ejemplo es el artículo de Sergio Kiernan en *Página/12*, 3/9/2009. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/131094-42245-2009-09-03.html>

18 Se atribuye el diseño al publicista David Ratto, director de la campaña presidencial y asesor en comunicación del Presidente.

implicaba la politización de la institución. Sin desafíos de seguridad o políticos trascendentes en una coyuntura de mutación estratégica, la evaluación del rechazo social a las Fuerzas Armadas las ancló en la “profesionalización”, concebida como la búsqueda de una mayor eficiencia a través de una reestructuración técnica. Esto reforzó el profesionalismo liberal y el “apoliticismo”. La represión terminó con el ciclo de intervenciones militares en política permitiendo, en términos huntingtonianos, el control objetivo del poder civil, un acatamiento a normas antes que la identificación con liderazgos o doctrinas. Represión, amnistía y participación en las operaciones de paz, con sus viáticos internacionales, terminaron garantizando la subordinación militar al poder civil. Como lo recordaba un spot publicitario de 1999, “Menem lo hizo”.

La Nación. ¿Qué Nación?

Los carapintadas implicaron más que sus levantamientos. No pueden ser reducidos a una mezcla de catolicismo preconiliar y Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN), última expresión del “partido militar”. Trascendiendo lo corporativo, generaron un debate político en torno del nacionalismo que proyectó a la sociedad una característica de la política argentina: las convergencias ocasionales y duraderas que se observan entre derecha(s) e izquierda(s) y la consecuente dificultad en el empleo de dichas categorías. A lo largo del país, en las actividades de difusión realizadas por Rico y Seineldín confluían perfiles políticos diversos y antagonicos.

Tempranamente, los carapintadas tuvieron el sostén del nacionalismo integrista y de los nostálgicos del fascismo, pero también de sectores del peronismo y de la izquierda. Así, en los levantamientos de 1987 y 1988, coincidían en denunciar la complicidad alfonsinista con los generales procesistas, en contrastar la movilización de la “pequeña burguesía” con el escepticismo del “Pueblo” frente a la propaganda oficial y en la constitución de dos campos opuestos articulados en torno de lo nacional y lo antinacional. Detrás de Alfonsín se habrían alineado los “enemigos de la patria”: Mitterrand, Reagan, Gorbachov y la partidocracia el Movimiento al Socialismo, la Unión del Centro Democrático, el Partido Comunista, el Partido Intransigente y el peronismo renovador.

El énfasis puesto en las diversas demandas carapintadas evoca diferencias sustanciales. Si bien coincidían en la prédica nacionalista y en la acérrima oposición al gobierno radical y, posteriormente, al menemista, se diferenciaban en que, desde la extrema derecha, se sostenía una defensa explícita de la represión, reivindicando la “lucha antisubversiva”. El tratamiento editorial que la revista *Cabildo* –órgano de mayor difusión del pensamiento nacionalismo católico argentino en las décadas de 1970 y 1980–¹⁹ y *Alerta Nacional* –expresión del

19 Sobre el tratamiento de *Cabildo* ver Jorge Saborido y Marcelo Borrelli, “Por la ‘dignidad Militar’: la revista *Cabildo* y el levantamiento carapintada en la Semana Santa de 1987”, *La Trama*

neo-fascismo local—, otorgan a los carapintadas, lo ilustra. Mientras los nacionalistas integristas celebraron los levantamientos castrenses con argumentos vinculados a la reivindicación del “honor militar”, los sostenedores de un nacionalismo popular lo hicieron desde la valorización de la soberanía nacional que implicaba la causa de Malvinas. Para este espacio, la pérdida de la confianza de la potencia hegemónica regional en los militares tras la experiencia de Malvinas, y la asimilación del peronismo por la democracia liberal, hicieron que los cuestionamientos al *statu quo* nacional e internacional resultaran de un nacionalismo militar antimperialista, del cual Muamar Kadhafi era el paradigma.

Si bien no hubo experiencias de alianzas políticas concretas de importancia, los contactos entre militantes del “campo nacional y popular” y los miembros del movimiento carapintada iban más allá de los diálogos de Rico con militantes de la JP, el reconocimiento de puntos en común con la propuesta de Patria Libre para las elecciones de 1999 o la participación de carapintadas en encuentros de izquierda, como la adhesión de Seineldín a actividades organizadas por el Movimiento Patriótico de Liberación (MPL) como el III Congreso Nacional de delegadas del Sindicato de Amas de Casa de la República Argentina. El discurso carapintada tenía un componente antiimperialista que se expresó en el anti-neoliberalismo de los años 90 y que sedujo no sólo a parte del peronismo sino también a sectores de la izquierda nacional y del maoísmo. Así, el Partido Comunista Revolucionario (PCR) consideraba a los carapintadas como un ala nacionalista del Ejército que debía ser sostenida en sus demandas. La relación establecida entre el dirigente sindical Carlos Santillán, de origen maoísta, y Aldo Rico²⁰ es un ejemplo: lo consideraba “compañero” y “amigo”, tal como se desprende de una carta cursada al jefe del Movimiento por la dignidad y la Independencia (MODIN). En general, “la” izquierda, más allá de sus múltiples expresiones, estimaba que, en los temas esenciales que hacían a la relación con la sociedad civil, había uniformidad entre los militares. Los acuerdos, como el establecido entre Seineldín y el titular del Ejército durante el gobierno de Alfonsín, José Caridi, tras el levantamiento de Villa Martelli, los mostrarían unidos para reivindicar la represión y reclamar la amnistía. Los alzamientos habrían fortalecido el poder militar.

Los sectores de la Izquierda nacional nucleados alrededor de Jorge A. Ramos se alinearon rápidamente con los carapintadas. Otros, como los estructurados alrededor de Norberto Galasso eran escépticos. Percibían Fuerzas Armadas preocupadas por justificar la represión o la inclinación golpista del nacionalismo reaccionario, recordando que, más allá de las similitudes en las representaciones políticas, el “nacionalismo” no es igual a la “izquierda nacional”.

de la Comunicación, Vol. 18, enero-diciembre de 2014, pp. 293-311.

20 Clarín, 27/11/1994.

Para Ramos, la crisis militar de Semana Santa puso de manifiesto la aparición, en las Fuerzas Armadas, de una corriente de oficiales con espíritu nacional, opuestos por igual al gobierno alfonsinista y al Proceso. Aldo Rico encarnaba tendencias patrióticas. La campaña contra los militares buscaba “destruir hasta el recuerdo” la alianza entre una parte del Ejército y el pueblo; la política de los enemigos de la soberanía nacional intentaba mantener la división.²¹ A un año de la crisis castrense, en la publicación *La Patria Grande* se sostenía que el enfrentamiento de las Fuerzas Armadas con el colonialismo anglosajón puso en evidencia la falsedad de los esquemas geopolíticos que se inculcaban a los oficiales. La discusión sobre el rol de las Fuerzas Armadas y el papel desempeñado en el conflicto hacía imposible consolidar la influencia del imperialismo sobre los militares para utilizarlos como fuerza de ocupación e implantar regímenes como el Proceso jaqueando la estrategia de democracia colonial bipartidista. En el artículo se invocaba el desmantelamiento de las Fuerzas Armadas, la falta de hipótesis de conflicto y de una política que pusiera fin a las consecuencias del terrorismo de Estado.²² En el mismo número se publicó una declaración del Movimiento Patriótico de Liberación (MPL), reclamando la libertad y la reincorporación al servicio activo de los oficiales y suboficiales veteranos de Malvinas que se encontraban presos. Se proponía suspender el pago de la deuda a Inglaterra y confiscar sus propiedades en el país como parte de la recuperación de la soberanía nacional. Para este movimiento, mantener en prisión a los héroes de Malvinas —como también a quienes comandaron su recuperación—, habría significado un acto de traición a la Patria.²³ Meses más tarde, criticaron la pretensión de bloquear al ascenso de Seineldín durante el gobierno de Alfonsín. Destinada a desterrar del Ejército a los veteranos de Malvinas y a privilegiar a los burócratas, dicha acción habría formado parte, según ellos, de la política de “desmalvinación” y de defensa del sistema semicolonial.²⁴ La gesta de Malvinas simbolizaba la lucha de la Argentina semicolonial por su soberanía. El enemigo era el mismo: quienes combatían al nacionalismo popular denigraban la guerra de 1982 y a la oficialidad que combatió al colonialismo.²⁵ A partir de la Guerra de Malvinas, las preocupaciones de este espacio pasaron principalmente por sostener el no pago de la deuda externa, la expropiación de la banca, la nacionalización del comercio exterior y la revisión de la historia oficial. Desconociendo su trayectoria, en particular su posicionamiento sobre el rol de los ejércitos en las semicolonias, según sus términos, sus críticos sostienen que

21 *La Patria Grande*, año VII, segunda época, Núm. 16, Buenos Aires, julio de 1987, pp. 6-7.

22 *La Patria Grande*, año VIII, segunda época Núm. 25, Buenos Aires, abril de 1988, p. 4.

23 Sobre la posición de J. A. Ramos con respecto a Leopoldo F. Galtieri ver la entrevista en *Marcha*, año 1, Núm. 1, Buenos Aires, pp. 14-15.

24 *La Patria Grande*, año VIII, segunda época, Núm. 31, Buenos Aires, octubre de 1988, p. 3.

25 Ver el artículo de Alberto Guerberof en *La Patria Grande*, año IX, segunda época, Núm. 37, Buenos Aires, abril de 1989, p. 5.

Ramos fue suprimiendo, progresivamente, toda referencia al marxismo, para centrarse en la cuestión nacional.

El fundador del Frente de Izquierda Popular (FIP) confiaba en 1989 en una alianza entre M. Seineldín y C. Menem. El éxito de un gobierno peronista demandaba Fuerzas Armadas nacionales. La unidad del pueblo y de aquellas habría constituido la única garantía de triunfo efectivo. Posteriormente, Ramos establecerá una diferencia entre los referentes de los carapintadas:

“Rico no es un hombre de confiar. Alguien que da la espalda a su jefe no puede ser leal a nadie. Y su jefe es Seineldín, que cualesquiera sean los errores que se le puedan atribuir, sin duda es un hombre decente. Por otra parte, Rico ha quemado la bandera chilena en la calle y quien hace eso es enemigo de la unidad latinoamericana y de la Argentina”.²⁶

En términos institucionales, el peronismo criticó y repudió los levantamientos, apelando a defender el sistema democrático y la estabilidad institucional y participando de la redacción del “Acta de Compromiso Histórico en Defensa de la Democracia”. Tras el primer levantamiento sostuvo la necesidad de resistir a la presión militar, considerando la política radical como “antimilitarista en lo formal e inocua en lo esencial”.²⁷ La no resolución del tema militar constituía un problema para un futuro gobierno peronista. Buscando diferenciarse del antimilitarismo hegemónico post dictadura, postulaba la necesidad de una política “nacional” hacia las Fuerzas Armadas, sin dejar de cuestionar a los militares que sostuvieron proyectos antinacionales y antipopulares. Hizo referencia a la necesidad de reformular las Fuerzas Armadas, comprometiéndolas con un proyecto de nación y de asignarles un rol acorde a una concepción integral de la defensa heredera de la “Nación en armas”, inherente al peronismo. Así, Luis Brunati, referente de los sectores más críticos, sostenía la posibilidad de una hipótesis de conflicto a partir de las consecuencias de una moratoria de la deuda externa. Para este sector del peronismo, los que percibían a los carapintadas como comprometidos con los intereses nacionales eran marginales, considerados como nostálgicos del Ejército nacional que creían que se podían reeditar las condiciones que permitieron la emergencia del peronismo, desconociendo los cambios en la sociedad. Por su parte, la CGT acompañó la movilización y anunció un paro general en caso de no resolución. La espera de la llegada del militar salvador, importante en ciertos momentos de la historia del peronismo(s), particularmente durante la “Resistencia”, se debilitó tras el golpe de Estado de 1976 y la institucionalización del peronismo bajo las pautas de la

26 *Clarín*, 11/9/1994, “El peronista colorado”, artículo de Alejandro Caravario. Citado en https://sepaargentina.com/2020/03/29/jorge-abelardo-ramos-1921-1994/#_ednref4

27 Reportaje a Luis Brunati, *Crisis*, Núm. 67, enero-febrero de 1989, p. 8.

democracia representativa a partir de 1983. A fines de los 80, en el marco de la oposición al radicalismo en el gobierno, se produjo un acercamiento de sectores carapintadas que se reivindicaban peronistas con el peronismo institucional en particular en el gran Buenos Aires, participando activamente en las campañas electorales como en el partido de la Matanza. Paralelamente, Rico y Seineldín mantenían contactos con dirigentes gremiales, contando con el apoyo del sindicalismo liderado por Saúl Ubaldini, referente central de la oposición a Alfonsín.

El afán de los sectores peronistas que percibían a la “Renovación” como una forma de socialdemocracia por recuperar las viejas banderas llevó a la tentación de buscar en los carapintadas al “Coronel del Pueblo” emergente del “Ejército nacional”. La repetición de 1943 como paso necesario a un nuevo 1945 era una idea debilitada pero todavía presente; un acuerdo entre las Fuerzas Armadas y el “Pueblo” articulado por un líder carismático. La figura de M. Seineldín se prestaba a ello. Desde distintos sectores del peronismo, no sólo entre sus simpatizantes, fue percibido y presentado como un combatiente y no como un represor²⁸; su profesionalismo y su conducta como militar en Malvinas particularmente destacada. Seineldín era considerado un “nacionalista auténtico”, peronista o cercano al peronismo, crítico del Proceso, que se opuso al golpe de estado de 1976. Independientemente de su anticomunismo, era visto como un hombre que quería al país, que tenía la conducta de un verdadero nacionalista.²⁹

Desde la revista *Línea*, criticando la interpretación de la interna militar como un golpe de Estado, se sostuvo la existencia de un plan pergeñado por el gobierno radical para que las posiciones enfrentadas en el Ejército concluyeran en un enfrentamiento cruento que terminara de desprestigiar a las Fuerzas Armadas y debilitarlas. El conflicto habría estado alimentado. Fue presentado como un golpe para desatar purgas desnacionalizadoras en las Fuerzas Armadas. La oficialidad media y joven no respondió a la conducción jerárquica. Haciendo referencia al copamiento de Morón y aeropuerto, los sectores nucleados alrededor de esta revista cuestionaban al nacionalismo antiperonista nostálgico del Proceso, que habría buscado montarse sobre el conflicto del Ejército. Los definían como provocadores que terminaban sirviendo a las reacciones liberales antipopulares. Para el espacio que expresa *Línea*, la dirigencia peronista, como resultado del vaciamiento doctrinario producido en el peronismo, carecía de

28 Seineldín había estado destinado en Tucumán durante el Operativo Independencia, haciéndose posteriormente cargo de los grupos Halcón en Mendoza. Declaró que había organizado la Unidad Especial Antisubversiva, que funcionó para el Mundial de fútbol de 1978. A pesar de los esfuerzos, no se probaron vínculos con desapariciones o torturas, argumento central en quienes lo defendían en el peronismo. Los organismos defensores de los derechos humanos lo denunciaron por la desaparición de A. Giorgi, Seineldín nunca admitió su participación, y desde Panamá se lo responsabilizó de los grupos de tarea montados por Noriega.

29 La opinión de Hugo Chumbita puede ser considerada como representativa de gran parte del peronismo(s). Ver Seineldín por Hugo Chumbita. <https://www.youtube.com/watch?v=8kKkl-WPIERE>

una política respecto de las Fuerzas Armadas; se “sumó como furgón de cola” de la izquierda y del liberalismo con su antimilitarismo. El resultado sería la reivindicación de los generales del Proceso, la “gorilización” de la cúpula del Ejército, el tutelaje sobre la voluntad popular y la amenaza de golpe si triunfaba el peronismo en 1989.³⁰

Los carapintadas generaron expectativas y debates en el peronismo no sólo entre los “ortodoxos”, sino también entre sectores que se reivindicaban de la experiencia de la “tendencia revolucionaria”, en particular de Montoneros. Los rumores sobre la visita de dirigentes de ese espacio a Rico³¹ y a Seineldín en prisión³² acompañaban la participación de ex miembros de Montoneros en marcha por su libertad. A pesar de la dictadura, la triada clausewitziana Gobierno, Fuerzas Armadas y Pueblo continuaba arraigada en este espacio.³³ En un editorial de la revista *Jotapé*,³⁴ se sostenía la necesidad de “terminar con el antimilitarismo imbécil” y se apeló, desarrollando el discurso tradicional del peronismo en relación con lo militar, a la necesidad de predicar el nacionalismo popular revolucionario en las Fuerzas Armadas.³⁵ En el mismo número, en el artículo “La defensa como parte de una política nacional”, el Coronel retirado Cesar Díaz hacía referencia a desprofesionalización, revanchismo, parálisis operacional, desmovilización profesional de los cuadros, reducción presupuestaria –la crisis salarial más profunda de la historia según el autor– para juzgar la política de los radicales hacia las Fuerzas Armadas. A contracorriente de una coyuntura caracterizada por la búsqueda del control civil, evocaba un irracional civilismo que dejó sin conducción a los militares y criticaba la transferencia de inteligencia a los civiles y su rol en Fábricas Militares y en la Escuela Nacional de Defensa. También reprochaba el concepto de defensa, establecido en la nueva ley que excluía a las Fuerzas Armadas del marco interno, cuestionando la separación con la seguridad. Según el autor, “el desastre que significó el intervencionismo militar no justifica esa exclusión”. El artículo cuestionaba la existencia de la DSN como cuerpo doctrinario y el fijar como objetivo militar una ideología, subrayando la ausencia de una concepción política nacional en los militares tras el gobierno peronista, quienes asumieron la política del liberalismo y de la OTAN, haciendo abstracción de la realidad geopolítica. En este marco, Díaz criticaba a los Estados Unidos y reivindicaba la actitud de la política militar de Brasil. Hacía referencia al antimilitarismo radical, mencionaba

30 Revista *Línea*, año IX, Núm. 96, marzo de 1988, pp. 6-7.

31 Es el caso de la visita de Rodolfo Galimberti a la cárcel de Campo de Mayo.

32 Dirigentes políticos y cuadros sindicales de distintos gremios solía visitarlos.

33 Al respecto ver Edgardo Manero *Nacionalismo(s), política y guerras en la Argentina plebeya*, Unsam Edita, Buenos Aires, 2014.

34 Publicación vinculada a una ruptura de Montoneros próxima de Rodolfo Galimberti que trascendía en su difusión largamente ese espacio.

35 Revista *Jotapé*, segunda época, septiembre de 1988, p. 5.

desprolijidades en los juicios –“oficiales subalternos aparecen como paradigma del crimen en tanto oficiales superiores con público protagonismo en la guerra sucia ni siquiera son citados”– al tiempo que cuestionaba a quienes insistían en reivindicar la guerra sucia, subrayando que por sus características el “triumfo militar” no constituía un “galardón”.³⁶

Lejos de las representaciones políticas condicionadas por la cosmogonía progresista, resultado de la centralidad de la cuestión de los derechos humanos como principio “ideológico” organizador, instalada en parte del peronismo tras la experiencia kirchnerista, las últimas décadas del siglo XX estuvieron todavía caracterizadas por la vigencia de representaciones políticas asentadas en el “realismo”³⁷ propio de la cultura política peronista, lo que participó de la percepción de los carapintadas. Si en los 80 el influjo carapintada tiene que ver con la oposición al alfonsinismo y a lo que se percibe como su influencia en el peronismo –la Renovación–, en los 90 el peso de su prédica en sectores del peronismo es inseparable de las consecuencias identitarias del intento de refundación civilizacional operado por el menemismo. Criticando la transformación ideológica del peronismo, los carapintadas atacaron la política neoliberal, la apertura a los capitales y el condicionamiento impuesto desde el exterior.³⁸ En un contexto caracterizado por la firma de la rendición y la reformulación doctrinaria en las Fuerzas Armadas, profundizaron las denuncias de “desmalvinización” de la sociedad instaladas desde el alfonsinismo. Buscaron una recuperación del imaginario del peronismo histórico, en particular de sus tres banderas: justicia social, independencia económica y soberanía política. Esta situación se tradujo en un apoyo parcial de sectores peronistas desencantados que fracasaron en hacer de Rico o Seineldín la referencia de las clases populares.

En los 90 los carapintadas sostienen su oposición a los modelos definidos como “neoconservador” (menemismo) y “socialdemócrata” (UCR y Frente Grande), en la crítica al internacionalismo de estas tendencias ideológicas y en el rechazo de toda ideología foránea. El internacionalismo aparece como la negación absoluta de lo que la tradición nacionalista llama “lo Nacional”. Reivindican el papel del Estado como motor de la economía y árbitro del conflicto distributivo, sosteniendo un modelo de acumulación sustentado en el mercado interno que no implique la salida de excedentes al exterior. El Estado argentino es visto como un Estado cautivo, usurpado por una “oligarquía” esencialmente corrupta y traidora, representada por la clase política, al servicio de intereses transnacionales.

36 Revista *Jotapé*, cit., pp. 66-68.

37 Seineldín solía sostener que la paz no existe, sería un anhelo, pues el hombre y las naciones están en lucha permanente.

38 Isidoro Cheresky, “La innovación política”, *Documento de Trabajo*, Núm. 1, Instituto de Investigaciones Universidad de Buenos Aires, 1995, p. 8.

La idea de traición –de fuerte influencia, con su antónimo lealtad, en el discurso peronista– ocupa un lugar central en el pensamiento carapintada. Se materializa ya no sólo en los generales procesistas y en la conducción de las Fuerzas Armadas, sino también en la clase política y en las figuras de Alfonsín y Menem. Así, Seineldín afirmaba permanentemente que Menem traicionó a la Patria. Según Rico: “Hoy el amor a la Patria se enfrenta a la traición a la Patria”.³⁹

Los carapintadas trataron de distanciarse de la jerarquía militar –“el generalato”– a la que consideraban responsable de la burocratización de la institución castrense y de la derrota de Malvinas, diferenciándose a partir de la praxis militar. La actitud de los carapintadas se caracterizó por una distinción tajante entre los altos mandos responsabilizados de los errores, para quienes se reclamaba castigos, y los oficiales subalternos, generalmente asociados a “combatientes”. En esto coinciden todas las corrientes del nacionalismo, como se desprende de revistas disímiles como *Cabildo*, *Alerta nacional*, *Línea*, *Jotapé*, *Debates* o la *Patria Grande*.

Los carapintadas mantuvieron la tradicional concepción dicotómica del nacionalismo argentino, acentuada por el peronismo tras el golpe de Estado de 1955. Había dos Ejércitos: uno “nacional” y otro, considerado “apátrida” o “cipayo” representado por los oficiales superiores. Este último estaría ligado a ideologías foráneas como el liberalismo y la socialdemocracia. Para Seineldín, el Ejército argentino había abandonado la bandera nacional para servir a la ONU, convirtiéndose en un Ejército internacional.⁴⁰ Según Rico, no había un sector liberal en el Ejército, este estaba en manos de los seguidores de Lanusse, quien habría empezado con la social democracia y el deterioro del Ejército.⁴¹

Frente a la traición, reivindicaban la constitución de un grupo de hombres íntegros –los carapintadas consideraban que rescataban la tradición sanmartiniana– y la figura del líder, percibido –y autopercebido como lo evidencia el discurso de Seineldín–, como el elegido en un doble papel de profeta y guía. La figura del líder carismático genera transferencia. Los carapintadas establecieron una continuidad con un elemento central de la tradición peronista: el líder interpreta al Pueblo y encarna a la Nación. Considerando que la política es una misión, el líder establece los criterios de verdad conduciendo a los que son capaces de sacrificarse por la causa, ejerciendo el poder a través de un partido cívico-militar como intermediario entre la voluntad del líder y el pueblo. Portador de un proyecto político diferente, el chavismo expresará posiciones similares.

La referencia a un sistema de creencias y el uso de un vocabulario propio del nacionalismo tradicional, pero también del peronismo, permitió a un buen

39 Entrevista a Aldo Rico *Canal 3 de Rosario*, Argentina, 23/4/1995.

40 Entrevista a M. A. Seineldín, *Página/12*, 28/6/1998.

41 Entrevista a Aldo Rico *Debate...*, cit., p. 12.

número de auditores situarse en un mundo de símbolos y discursos que les era familiar. Generó certezas, tanto para la movilización como para la transmisión de la ideología. Así, fue común ver en las paredes grafitis como: “Seineldín es la Patria”; “Seineldín con el Pueblo”; “Seineldín con los trabajadores”. Ahora bien, el extremismo de los discursos, en particular el mesianismo y la exacerbación de la religiosidad, no se correspondía con la cultura política peronista. No sólo limitó la empatía; también recordaba que el nacionalismo integrista era otra cosa.

Un universo discepoleano, la Biblia junto al calefón

Como actor político, los carapintadas deben diferenciarse de los protagonistas de los levantamientos militares. No se reducen a militares como el vice comodoro Horacio Ricciardelli, partícipe de la rebelión de 1988. Constituyeron la expresión más acabada del nacionalismo en los 80 y 90. Buscaron construir, agrupados en torno a viejos mitos nacionalistas, un espacio político que expresara un descontento que no era sólo militar. Seineldín hablaba de un movimiento cívico-militar, enfatizaba la participación de los civiles en su movimiento y relativizaba la capacidad de los militares para hacer política. Sostenía que su movimiento es 80% peronista: hay una izquierda conformada por ex miembros del Frente de Izquierda Popular (FIP) y una derecha conformada por conservadores populares. También indicaba la presencia de miembros del MID, radicales yrigoyenistas e illiaístas.⁴² Así, los Centros Cívicos Patrióticos afirman estar integrados por nacionalistas católicos y peronistas “ortodoxos”. En sus filas carapintadas se encontraban ex-funcionarios de dictaduras como S. Cahill, alcalde de Morón durante el Proceso; figuras vinculadas con organizaciones de ultraderecha condenadas por violar la ley antidiscriminatoria por la difusión de propaganda antisemita, como E. Cañete y H. Nuñez; militantes de organizaciones nacionalistas de los años 60 y 70 como Tacuara, el Movimiento Nacionalista de Restauración y la Concentración Nacional Universitaria; lectores de Cabildo; fundamentalistas católicos. Lógicamente, fueron acusados de “fascistas”.

Los carapintadas intentaron diferenciarse de los grupos neonazis. Para los sectores cercanos a Seineldín, el hecho de que había una mayoría de católicos en su partido contrastaba con el nazismo.⁴³ El carácter esencialmente pagano y su divinización de la figura del líder perturbaba una visión del mundo fundada en el catolicismo. Sin embargo, la relación con sectores que reivindican las experiencias fascistas ha sido constante, como se desprende, a fines del siglo XX,

42 *Página/12*, 28/6/1998.

43 *Página/12*, 26/8/1999.

de la estética de algunos militantes en los actos carapintadas y, posteriormente, de lo expresado en las redes sociales, en particular de los perfiles en Facebook.⁴⁴

Militantes vinculados a la publicación *Alerta Nacional*, reivindicaban las rebeliones carapintadas y organizaron manifestaciones para exigir la libertad de Rico en marzo de 1988.⁴⁵ En los 90, el *Partido Nuevo Triunfo* (PNT) y el *Partido Nuevo Orden Social Patriótico* (PNOSP) solían coincidir en reivindicar el movimiento carapintada, aunque manifestaban sus diferencias “políticas” con Seineldín y con Rico particularmente, a quien acusaban de traición. El PNOSP desarrolló una relación de apoyo mutuo con el jefe del cuerpo de élite de la prefectura, los Albatros, Raúl De Sagastizabal, miembro de las sublevaciones dirigidas por Seineldín. En 1995, el Centro de Estudios Argentina en el Mundo, la entidad encabezada por De Sagastizabal—quien había viajado a Venezuela—, ⁴⁶ invitó a H. Chávez a la Argentina. El diario *Ámbito financiero* titula la entrevista que le realizó: “Carapintada venezolano se candidatea desde Argentina”.⁴⁷ Posteriormente, De Sagastizabal se distanció por diferencias ideológicas de Chávez y de Seineldín.

Los carapintadas terminarán estableciendo una relación de subordinación frente al peronismo. Rico terminó integrándose al Partido Justicialista. Fue intendente de la ciudad de San Martín; luego, Ministro de seguridad de la provincia de Buenos Aires. Obligado a dimitir, recuperó la intendencia, donde se rodeó de oficiales carapintadas. Se podía leer en la puerta de la intendencia en un cartel: ¡Viva la Patria!⁴⁸ Tras la cooptación duhaldista, se acercó al kirchnerismo, siendo designado presidente del PJ de San Miguel, apoyado por Carlos Kunkel, ex cuadro montonero. Posteriormente, se volvió crítico del kirchnerismo. Como la mayoría de los sectores que continuaron reivindicando a los carapintadas, su posicionamiento frente a los procesos de cambio experimentados a principio del siglo XXI fue de rechazo.

Los sectores seineldinistas apelaron al imaginario peronista, recurriendo a su liturgia: las referencias al “Frente Nacional y Popular” rencuentran la iconografía de San Martín, Rosas y Perón. El nombre de las organizaciones, como sus panfletos, están llenos de términos propios del discurso tradicional del peronismo.

44 Tras los fracasos de institucionalización como fuerza autónoma, los sectores “fascistas” ocuparon un lugar marginal en diversos proyectos políticos construidos a partir de la reivindicación nacional. Tras el fin de la Segunda Guerra, en un contexto internacional de descrédito, oscilaron regularmente entre las dictaduras militares, el nacionalismo integrista y el peronismo ortodoxo.

45 Los artículos de la revista *Alerta Nacional* ilustran sobre el apoyo. Ver en particular el Núm. 11, año V, Segunda Época, febrero de 1988.

46 *Busca biografías*. <https://www.buscabiografias.com>

47 *Ámbito Financiero*, 30/3/1995.

48 *Página/12*, 23/8/1998.

nismo. Por su parte, M. Seineldín⁴⁹ asumió la presidencia honorífica del comando superior peronista.⁵⁰ La celebración del 17 de octubre, fecha fundacional del peronismo, por parte de los seineldinistas, es otro ejemplo del intento de identificación. Subrayan el paralelismo entre octubre de 1945 y el presente, entre el coronel Perón y Seineldín, habiendo estado ambos en prisión por haber querido salvar a la Patria. Intentan demostrar la simetría entre Perón y Seineldín: “Ayer fue Braden o Perón, hoy es Seineldín o el modelo”.⁵¹ Ahora bien, afiches con la imagen de la Virgen María o con consignas religiosas como “Por la Fe y por Patria”, la ejecución de marchas militares o la presencia de jóvenes rapados con uniformes verde oliva y botas negras⁵² enraízan este espacio en una tradición nacionalista diferente a la populista. Mientras en los carapintadas la diferenciación entre “nosotros” y “ellos” se basa en argumentos “étnicos” y “culturales” devenidos por momentos “morales”, en el peronismo(s) de Perón a los Kirchner, como en los populismos contestarios latinoamericanos en general, las razones dadas son claramente sociales y/o geopolíticas. Los carapintadas parecen no comprender que, con el peronismo, el nacionalismo paso a la “izquierda”. El Cóndor evocado por el seineldinismo es el de un tiempo proto-peronista.

Bifurcaciones frente a la política

A partir de 1990 se produjo una ruptura entre Seineldín y Rico, usualmente interpretada a partir de la idea de traición de este último. Esta situación se manifestó principalmente a través de dos comportamientos. Por un lado, Rico se distanció de las actitudes antisistema; por otro lado, buscó fortalecer su imagen como actor político dentro del marco del sistema democrático, alejándose del objetivo inicial de la conducción del Ejército. Rico buscó su institucionalización política con el MODIN, originalmente llamado Movimiento por la dignidad Nacional.⁵³ A nivel nacional, expresó un electorado compuesto no sólo por militares y sectores vinculados a las fuerzas de seguridad, principalmente suboficiales, sino también por electores que provenían del justicialismo. A principios de la década de 1990, Rico contaba con apoyos en lugares donde la concentración de la pobreza era importante, como en el gran Buenos Aires, pero

49 Su relación con el peronismo duró hasta su muerte. Se descompuso cuando llegaba a una fundación a la que asesoraba para escuchar una disertación del gobernador de San Luis, A. Rodríguez Saá.

50 Ver “Seineldín asume la presidencia del comando Superior peronista (Discurso)”, https://www.youtube.com/watch?v=ahiHAB4m_5c

51 *Página/12*, 10/7/1998.

52 *La Capital*, 19/10/1998.

53 Los puntos de vista de Aldo Rico están expuestos en *El desafío argentino. Una propuesta para el año 2000*, Ediciones del Bicentenario, Buenos Aires, 1995; *El retorno al Proyecto nacional*, Ediciones del Modin, Buenos Aires, 1997.

también en una zona donde el Estado había dejado un vacío como consecuencia de las privatizaciones. Es el caso de la región de San Nicolás y Ramallo, principal centro siderúrgico del país privatizado por el menemismo. La reacción contra los despidos favoreció votos significativos para el MODIN en las elecciones legislativas de 1993 y en la constitutiva de la asamblea constituyente en 1994.

Por su parte, Seineldín rechazaba la actividad electoral. En prisión, inhabilitado legalmente para hacer política, fundó el Movimiento por la Identidad Nacional e Integración Iberoamericana en 1992. Mientras Seineldín reivindicaba una idea de la autoexclusión del sistema política que presenta similitudes con las concepciones de J. A. Primo de Rivera en la España de los años 30, sus partidarios trataron de institucionalizarse con diferentes grupos. El Movimiento “Patria y Pueblo” fundado en 1987, que apoyó el alzamiento militar de 1990, fue seguido por el Partido Popular de la Reconstrucción creado a mediados de los 90 por militares como Gustavo Breide Obeid y Enrique Graci Susini, que participaron de los levantamientos. A finales de la década se buscó instalar la idea de un “Frente Nacional” alrededor de la figura de Seineldín.⁵⁴

En términos generales, los carapintadas desarrollaron una “campana anti-sistema”, buscando posicionarse fuera de la estructura política tradicional y diferenciarse de la “clase política”. Sin explicar claramente el papel de los partidos políticos ni hablar de su reemplazo, plantean la cuestión de la legitimidad popular como opuesta a la electoral y reivindican al “movimiento” por sobre los “partidos”. Rico, inclusive, hablaba de democracia participativa cuestionando la lógica de la representación.⁵⁵ Según él, los partidos no cumplirían su función, relacionándolo con la falencia de la dirigencia, la corrupción y la ineficacia de las instituciones en general. La crisis vivida en el Ejército no fue un fenómeno aislado.⁵⁶ En la campaña contra el pacto PJ-UCR, en el marco de la reforma constitucional de 1994, los sectores que apoyaban a Rico argumentaban no querer ser un partido político sino un conjunto de fuerzas nacionales nacidas de la indignación que generaba la decadencia argentina y la desintegración nacional.

Consecuentes con el tradicional discurso nacionalista, los sectores seineldinistas despreciaron las campañas electorales y la clase política. Los Centros Cívicos Patrióticos llamaron a la abstención en las elecciones de 1995, 1999 y 2003. A fines del siglo XX, el desprecio por los políticos “profesionales” implica tanto el rechazo a que la legitimidad del poder deba convalidarse electoralmente como la expresión de la debilidad electoral.⁵⁷ La concepción del Estado

54 Grupos minoritarios diversos, como la Alianza Social Cristiana del 3º Milenio, han recurrido a la figura de Seineldín para legitimarse.

55 Entrevista a Aldo Rico, *Debate...*, cit., p. 11.

56 Entrevista a Aldo Rico, *Debate...*, cit., p. 10.

57 En el contexto de las elecciones presidenciales de 1999, grupos nacionalistas minoritarios como el Partido Criollo proclamaron que “los peronistas y las fuerzas nacionales votan en blanco”.

y de la sociedad se basa en una idea organicista poco apropiada al pluralismo político del sistema democrático representativo. A partir de una concepción antiliberal propia de la encíclica *Rerum Novarum* de finales del siglo XIX, los carapintadas critican a la democracia representativa a la que denominan “partidocracia liberal”, considerándola una expresión de la decadencia de la civilización occidental. Reivindican la idea de república por sobre la de democracia; se inscriben en una tradición anclada en el nacionalismo argentino, según la cual república y democracia se diferencian.⁵⁸ Dos textos significativos de dicha tradición fueron *La Patria fuerte* de L. Lugones y *Mito y Política* en Nimio de Anquín.

Los carapintadas se dan en un marco regional, que nos recuerda que el nacionalismo también es transnacional. La circulación de representaciones políticas y estratégicas es una característica de este espacio. En el siglo XX, el anticomunismo había conducido a establecer vínculos que se diversifican progresivamente, acompañando el carácter global que toman los conflictos.⁵⁹ Herencia directa del “espíritu de Occidente”, una parte importante del nacionalismo en América Latina generó vínculos con los movimientos contrarrevolucionarios, esencialmente católicos, surgidos en Europa a comienzos del siglo XIX, con los que compartía los ideales de jerarquía, así como una aversión hacia la representación por sufragio universal y la democracia en general.

A fines del siglo XX, Seineldín se relaciona con expresiones políticas críticas de la globalización. Forma parte de una red que lo vincula con militares latinoamericanos como el contralmirante brasileño Grüber, el general venezolano Visconti o el general panameño Noriega.⁶⁰ Este espacio es parte de un movimiento más amplio, que en la década de 1990 incluyó a Lyndon La Rouche y Jacques Cheminade, del cual la revista americana *Executive Intelligence* es el denominador común.⁶¹ Considerado peligroso para la democracia, este espacio fue denunciado en 1993 por diputados que realizaron un pedido de informes al gobierno argentino sobre el régimen carcelario de Seineldín y otros jefes cara-

58 Según Cristian Buchrucker, este punto es uno de los seis temas recurrentes en el pensamiento militar argentino entre las décadas de 1960 y 1980. “Las formas autoritarias del nacionalismo y el conservadurismo latinoamericanos”, *Ciclos*, año IV, vol IV, Núm. 7, segundo semestre 1994 p. 197.

59 Durante los 70 y 80, con precedentes en la década de 1960, hubo una fuerte cooperación transatlántica entre miembros de la dictadura cívico-militar argentina, organizaciones europeas neofascistas vinculadas con la logia P2, los gobiernos de Rhodesia y Sudáfrica y elementos de extrema derecha estadounidense.

60 Seineldín fue instructor de las Fuerzas de Defensa Panameñas. En la reivindicación de Manuel Noriega coincidían los carapintadas con la izquierda nacional y el peronismo.

61 Carlos Castaño, líder de las Autodefensas Unidas de Colombia, habría viajado a Argentina a principios de la década del 90 para reunirse con un enviado de Aldo Rico para comprar armas. *Clarín*, 8/8/1999.

pintadas.⁶² En un contexto donde H. Chávez es acusado de intentar organizar una “internacional”, donde confluyen militares y organizaciones revolucionarias como las FARC, las relaciones entre carapintadas y chavismo desaparecen. La exportación de la revolución bolivariana que acompañaba el mesianismo revolucionario del proyecto de H. Chávez responde a otra lógica. Seineldín, expresando la divergencia de proyectos, busca diferenciarse del comandante venezolano, a quien considera perteneciente a una línea castrista, pero también de Pinochet, quien representaría una tercera línea.⁶³

Nacionalismo integrista y nacionalismo militar, necesariamente diferentes

El movimiento carapintada terminó formando parte de una corriente del nacionalismo argentino que calificamos como “integrista”.⁶⁴ En lo fundamental, el término remite a la actitud de rechazo del cambio y de defensa de la tradición. Comportando connotaciones predominantemente negativas y peyorativas, el campo semántico del vocablo integrista se extendió en su uso, trascendiendo la dimensión religiosa a la que tradicionalmente se adscribía. Si bien es evidente que la defensa del orden, la jerarquía y los valores morales permiten la analogía de esta forma de nacionalismo con los movimientos religiosos que se oponen a toda transformación, rechazando la adaptación o la renovación doctrinaria, la selección del adjetivo no radica sólo en dicha semejanza.

La corriente integrista hace referencia a un espacio político caracterizado por una actitud de conservadurismo intransigente construido a partir de la creencia en verdades estructuradas sobre un único principio de legitimación, generalmente de carácter metasocial. El recurso al adjetivo “integrista” para calificarlos tiene que ver con el hecho de tratar de explicar y dar respuestas a problemáticas –sociales, políticas, económicas– a partir de una posibilidad única y definitiva, profundamente arraigada en la tradición. La no aceptación del pluralismo como elemento constitutivo de la sociedad, las definiciones esencialistas o una intransigencia extrema con vistas a imponer reglas jerárquicas a la totalidad de la sociedad, son características perennes de este espacio. La conceptualización de la política como misión propia del discurso carapintada remite a un sistema de certezas absolutas. La convicción de poseer la verdad y la ausencia de cuestionamientos orienta su acción política, como lo ilustra uno de los referentes de los carapintadas (Aldo Rico) en el marco de la sublevación militar en Monte Caseros. Durante una rueda de prensa, el 16 de enero de 1988,

62 Se trataba de los diputados peronistas disidentes C. Alvarez y J. P. Cafiero, los radicales L. Moreau, G. González Gass, G. Ortiz Maldonado y J. P. Baylac y el socialista A. Bravo. *El Tiempo* 8/6/1993. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-156998>

63 *Página/12*, 28/6/1998.

64 Para una tipología del nacionalismo argentino ver Edgardo Manero, *L'Autre, le Même et le bestiaire...*cit.

sostenía: “Los soldados no dudan. La duda es una jactancia de los intelectuales”.

Ahora bien, si los carapintadas como actores políticos se inscriben en la tradición del nacionalismo integrista argentino, se encuentran condicionados por un tipo de nacionalismo diferente: el “militar”. Si a lo largo de todo el siglo XX los militares compartieron con los integristas valores y objetivos tales como la defensa del orden, la renovación del espíritu nacional, la apología del catolicismo o del anticomunismo, su nacionalismo es de una naturaleza diferente. La estrecha relación establecida entre los nacionalismos integristas y las Fuerzas Armadas y de Seguridad, la circulación de representaciones políticas y estratégicas y el hecho de que el nacionalismo integrista haya sido un perenne proveedor de identidad a los militares hace difícil percibir la diferencia. Esta diferencia de naturaleza era ya destacada por intelectuales vinculados con el peronismo y con la izquierda nacional, como J. J. Hernández Arregui o A. Ramos, en un contexto, los años sesenta y setenta, donde las interpretaciones hegemónicas, de matriz sociológica e influidas por el marxismo, reducían la intervención militar a la defensa de intereses de clase. El nacionalismo militar sería el resultado del rol geopolítico e histórico centralizador de la institución. Razón de ser de la misma, el nacionalismo es inherente a la función social de las Fuerzas Armadas, a su oficio de salvaguardar la patria. Esta función social puede adquirir características peculiares que trascienden lo estrictamente militar en sociedades periféricas como la argentina, donde las Fuerzas Armadas han tenido un rol desarrollista. Esto puede ser pensado como una derivación de la consideración de los militares como fuerza “modernizadora” de la sociedad y del Estado, un postulado que aparece en trabajos como los de S. Huntington.

Como en otras naciones de la región en las cuales las Fuerzas Armadas tuvieron un papel protagónico, en el interior de éstas se reflejaba lo que sucedía en otros campos de la sociedad. Las intervenciones militares en política implicaron mucho más que el intento de contener la participación política popular y/o la defensa de los intereses de la “oligarquía” o de los sectores medios. El Ejército constituyó tanto una institución disciplinaria como un elemento central del dispositivo de control social, pero no puede asimilarse mecánicamente al “brazo armado” de la oligarquía ni reducirse al “pretorianismo”. Si bien a partir del Centenario el nacionalismo auspiciado por las elites impregnó progresivamente a las Fuerzas Armadas, el nacionalismo de la institución no se reduce al oligárquico.

Es ese nacionalismo inherente a las Fuerzas Armadas como institución patriótica por excelencia lo que permitió su reivindicación por las diversas y antagonicas corrientes nacionalistas. Con matices, en la “apología” de las Fuerzas Armadas terminaron por converger, con contadas excepciones, todas las vertientes. Si para los integristas los militares son el único grupo capaz de defender el interés nacional y ocuparse de la cosa pública, para los populistas contes-

tataros, incluidos los sectores jacobinos como Montoneros, son un elemento necesario en los países dependientes para el desarrollo o la liberación nacional. La visión idílica de Fuerzas Armadas, supuestamente compuestas de jóvenes patriotas y voluntaristas, especie de reserva moral de la nación, era una realidad para algunos y una aspiración para otros.

Símbolo de la soberanía y de la independencia, instrumento de la defensa, las Fuerzas Armadas se corresponden con la representación de la sociedad ideal que se hacen los carapintadas. La sociedad militar, ejemplo de jerarquía y de respeto, fundada en un auténtico sentido orgánico, aparece como la contra imagen de la sociedad exterior fragmentada, en la cual reinan los privilegios, la falta de justicia y las prebendas.⁶⁵ Las Fuerzas Armadas no tienen vida propia, son el espacio cerrado donde se reiteran los valores de origen, que son los valores de la patria misma. Para el nacionalismo(s), el militar se ubica fuera de la sociedad y evita intervenir en los conflictos mezquinos de la “politiquería”. Sin embargo, por esos compromisos con la “Patria”, está a la escucha de las demandas que vienen de la sociedad y responde a ese clamor interviniendo para cumplir su deber patriótico.⁶⁶ Las Fuerzas Armadas, son un elemento palingénésico. Para los carapintadas, esta vieja idea⁶⁷ toma un sentido particular en el contexto de la Guerra de Malvinas. Como en España en 1898, la derrota militar implicaba una posibilidad regeneradora no solo para la institución. En la crítica al “generalato” se puede ver la búsqueda purificadora por la purga de los sectores considerados corruptos e ineficientes.

En el mundo ibérico en general, y en América Latina en particular, la intervención de los militares en política ha sido tradicionalmente percibida como un elemento regenerador de la sociedad. La idea de que se puede reconstruir la nación y la patria a partir de las Fuerzas Armadas aparece como una reconfiguración de un imaginario clásico, modelado en Roma y ampliamente difundido en Occidente, que considera que el Ejército en cuanto Legión moderna puede reconstruir la *Cité*.⁶⁸ Fuertemente presente en los países ibéricos, dicho imaginario fue por ellos divulgado en América Latina. Los militares se consideran y son percibidos como el sujeto a partir del cual la sociedad puede reconstituirse, precisamente haciendo que vuelva a su pureza originaria y devolviéndole sus cualidades perdidas. Esta concepción es indisoluble de una visión profunda-

65 Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o Muerte*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988, p. 37.

66 Al respecto ver Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o Muerte*, cit.

67 En el Diario de G. Quiroga, M. Gálvez sostuvo que la salvación de la República reside en la guerra con Brasil. Si bien subraya razones, como las económicas, que favorecerían a la Argentina, ésta sería batida por la falta de un espíritu nacional que los brasileños poseían. La unión de los corazones se restauraría sobre la vecindad amenazante. La guerra reuniría a los argentinos en una idea común y despertaría en el país el sentimiento de nacionalidad. Para M. Gálvez, Brasil era ese “otro” que hace posible la constitución de un “nosotros”.

68 Ver Alain Joxe, *Voyage aux sources de la guerre*, Presses Universitaires de France, París, 1991, p. 172.

mente teleológica de la historia. Si el golpe de Estado fue su expresión más común, el principio regenerador se presenta de maneras diversas. De Perón a Humala, pasando por Velazco Alvarado o Chávez, los movimientos cívico-militares, impregnados de una concepción palingenésica, asumen formas múltiples y representan intereses divergentes. Así, en Brasil, durante los años 1925-1927, la “Rebelión de los tenientes”, dirigida por Luis C. Prestes, recorre el país, esperando ganar a los campesinos a la causa y provocar la regeneración. Prestes ha quedado en la memoria de la gente como un militar defensor de los oprimidos.

A pesar de su heterogeneidad ideológica y de la variedad de sus expresiones, ese tipo de intervención militar posee una unidad dada por el deseo de refundación de una nación que ha sido destruida o alterada en su *telos*, en general por la incidencia extranjera. En el rol tradicional palingenésico de los militares latinoamericanos se combinan elementos desemejantes, incluso antagonicos. La palingenesia legitima tanto a actores “progresistas” como a garantes del orden social. Es tan funcional para el pretorianismo como para el hoplitisismo en tanto actualización de la antigua tradición resultante de una identificación manifiesta de los objetivos de la Nación y la Patria con la institución militar en el marco de una visión teleológica de la Historia.⁶⁹ Esta percepción tuvo una fuerte influencia en el nacionalismo argentino. La idea de los militares como instrumento de regeneración, única fuerza sana en una sociedad contaminada por la democracia y la demagogia, guiará al nacionalismo integrista desde la época de Yrigoyen.⁷⁰ Los militares participan de un propósito sostenido por todas las corrientes del nacionalismo, la refundación de la Nación y el consecuente fin del país liberal. Ahora bien, en Argentina, la mayoría de las intervenciones militares que proclamaron querer refundar o regenerar la sociedad no procuraron construir una sociedad nueva, ni instaurar un nuevo orden. Trataron fundamentalmente de preservar la interpretación que tenían del orden vigente. Para eso, les era necesario eliminar las causas del desorden existente antes de devolver el poder a las elites civiles. Todos los golpes de Estado proclamaron su objetivo de terminar con el desorden propio de la vida política. Ahí donde los nacionalistas observan un renacimiento de las sociedades, podemos ver también la otra acepción de la palabra, el sentido dado a “palingenesia” por los estoicos, el retorno periódico y eterno de los mismos acontecimientos: los ciclos de autoritarismo y dictadura; el hecho de que, en América Latina, las Fuerzas Armadas se han constituido, más allá de los discursos, en garantes del orden y de un cierto modelo de acumulación.

69 Ver Edgardo Manero, “La reconversión de identidades militares en América Latina en los 90 o el atemporal tema del traidor y del héroe”, en Arturo Fernández (coord.), *Globalización, fragmentación social y violencia*, Homo Sapiens, Rosario, 1997.

70 Ver Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1983, tomo I, p. 187.

Entre pasado y presente

Los carapintadas hacen referencia a la necesidad de un nuevo modelo o proyecto de nación, tratando de aglutinar múltiples tradiciones políticas consideradas nacionales –radicalismo yrigoyenista, peronismo, desarrollismo–, para intentar construir una nueva representación de la Nación. Pretenden ser una síntesis del pensamiento nacional cuyo objetivo es salvar a la Nación y reposicionarla en el sistema internacional. La tradición excepcionalista argentina es movilizada. Para Rico, es hora de que la Argentina tenga los delirios de grandeza que se merece y como le corresponde.⁷¹ Los carapintadas creen que la clave para alcanzar la reconciliación es la creación de nuevas identidades nacionales y, en algunos casos, nuevos mitos que guíen a la nación. Según Rico:

“...nosotros dejamos de hablar de nacionalismo y hablamos de lo nacional. Todo aquel que quiera adherir a un proyecto nacional y que no esté atado a una internacional extranjera y que quiera participar en el proyecto debe incorporarse [...]. Acá la guerra ha terminado, por lo tanto hay nuevas pautas de convivencia, nuevas pautas de acción y de relación y eso es lo nosotros tenemos que buscar”.⁷²

La Patria está en el centro del sistema de valores defendidos. Todos los integrantes de esta corriente se definen como parte de un proyecto político encaminado a la recuperación de la Patria y a la reconquista de la independencia nacional. Seineldín sostenía:

“Somos patriotas constitucionalistas, no me llamo nacionalista porque la Patria está por encima de la Nación [...] La Patria es la herencia que recibimos de los mayores”.⁷³

Los carapintadas siguen evocando la clásica dicotomía que opone proyectos nacionales y antinacionales, recurriendo a la coyuntura internacional para recuperar los discursos tradicionales del nacionalismo sobre la falta de sentido de la división izquierda-derecha. Sus militantes solían sostener “ni derecha ni izquierda, argentinos”.⁷⁴ Como para todo el nacionalismo argentino incluido el peronismo, esta clasificación política responde a cuestiones específicamente europeas. Así, Rico afirmaba:

71 *Clarín*, 20/4/1987.

72 Entrevista a Aldo Rico, *Debate...*, cit., p. 11.

73 *Página/12*, 28/6/1998.

74 En Francia, la consigna de fines de la década del 90 del Front National era “ni derecha ni izquierda, franceses”.

“El mundo poscomunista no es unipolar y hegemonizado por Estados Unidos. Sino multipolar y dividido. Hoy el capitalismo y el comunismo no se enfrentan, no tiene sentido hablar de izquierda y derecha”.⁷⁵

Sostiene que los conflictos se resolverán sólo cuando haya un proyecto “nacional” y llaman a la unidad nacional para salvar a la Patria:

“...la patria la salvamos entre todos o no la salvamos, todos vamos a ser escasos para hacer el proyecto y llevarlo adelante, porque el enemigo es poderoso y nos ha infiltrado. Ese enemigo no quiere una Argentina poderosa, quiere una Argentina de rodillas”.⁷⁶

La búsqueda de la unidad nacional implica una mirada sobre el pasado reciente, en particular sobre la reconciliación. Seineldín hablaba de “errores mutuos” que provocaron “enfrentamiento entre sectores nacionales” y de una “guerra civil sangrienta”, lo que no le impide, enfatizando que se opuso al golpe de 1976, sostener que la sociedad argentina de la década de 1970 era una sociedad en guerra donde el no juzgar y fusilar al enemigo fue un error estratégico.⁷⁷ Para Rico, quien también hace referencia a una “guerra civil”, hay que evitar que vuelva el tiempo de la sangre: “ha habido combatientes que se jugaron por una idea y deben ser respetados por uno y otro bando, todos los combatientes hemos perdido, los combatientes hemos sido usados”.⁷⁸ Esto parece dejar ver el intento de apartarse de una de las premisas de la Doctrina de la contrainsurgencia: el “terrorista” como un ser oculto sin uniforme que no puede ser considerado un combatiente y al que no se le debe aplicar la ley.⁷⁹

La idea de una “guerra civil” constituye un denominador común entre los carapintadas y sectores del peronismo con proyectos políticos antagónicos. Por su importancia en relación con la Historia y sobre todo a la memoria y a sus usos no es un hecho menor. Esta mirada compartida debe considerar que en el nacionalismo(s) argentino, durante la Guerra Fría, una línea de fractura política de carácter ideológico opuso, en la más compleja de las configuraciones –el conflicto interno–, una misma cultura estratégica.⁸⁰ Así, al eslogan “Patria o

75 Entrevista a Aldo Rico, *Canal 3 de Rosario*, Argentina, 23/4/1995.

76 Entrevista a Aldo Rico, *Debate...*, cit., p. 12.

77 *Página/12*, 28/6/1998.

78 Entrevista a Aldo Rico, *Debate...*, cit., p. 12.

79 Ver Roger Trinquier, *La Guerre moderne*, *Económica*, París, 2008.

80 Entre las diferentes formas del nacionalismo argentino hay una axiología, una teleología e incluso una estética diferente, en ciertos casos antagónica, resultantes de otra moral, de otra concepción de la política y, sobre todo, de diferentes intereses sociales. Sin embargo, existe una cultura estratégica común al conjunto, cuya manifestación más evidente es el compartir una

Muerte” de Montoneros corresponde el “Dios y Patria o Muerte” de los carapintadas vinculados con Seineldín, reapropiación de la divisa de los grupos comandos del Ejército argentino.

En la “guerra civil” como interpretación de la violencia política post 1955 los carapintadas coincidían no sólo con los sectores nucleados alrededor de la revista *El Caudillo*⁸¹ sino también con el Peronismo Revolucionario. Este último, haciendo referencia a una “propuesta política de autocrítica y reconciliación nacional dentro del pacto para la transición democrática”, sostenía en 1987:

“El problema argentino, en resumidas cuentas, es una guerra civil intermitente cuyos campos enfrentados han variado a lo largo del tiempo por el hecho de que tal guerra civil no se dio sobre la contradicción principal, sino sobre falsas antinomias azuzadas por una minoría oligárquica que alienta la guerra de todos contra todos y manipula a las Fuerzas Armadas en su provecho, aplican- do así el famoso divide y reinaras”.

En el mismo documento se afirmaba: “Así consolidaremos la pacificación nacional arrancando las raíces de la guerra de todos contra todos y uniendo al campo nacional y popular con un pacto explícito contra la antipatria y el anti-pueblo”.⁸² Esta interpretación se mantiene como lo muestra la solicitada aparecida en el día del Montonero en 2020.⁸³

Ahora bien, más allá de los discursos, los carapintadas como colectivo político se mostraron incapaces de configurar nuevas identidades políticas. Aunque hacen referencia a aspectos novedosos como la ecología, el narcotráfico, el control de la natalidad, la deuda externa, las transferencias de tecnología, interpretando incluso antes que otros espacios políticos las características del mundo en gestación, en particular los rasgos negativos de la globalización, el nacionalismo reivindicado no rompe con el que caracterizaba a las formas más tradicionales de la corriente integrista. Su mirada de las nuevas problemáticas de la agenda política tales como los derechos de las minorías está condicionada por su lectura del pasado inmediato. En las redes sociales hacen referencia a la necesidad de enfrentar la revolución anticristiana, reivindicar la lucha antiterrorista y combatir el separatismo territorial asociado al indigenismo. Como gran

“lógica de guerra”. Les contradicciones en el modelo de sociedad ocultan una misma matriz estratégica, una misma respuesta a la amenaza de muerte y a la supervivencia del nosotros.

81 Ver *El Caudillo*, año XII, segunda época Núm. 1, 11/9/1985, p. 16.

82 Peronismo revolucionario, “Bases para la alianza constituyente de la Nueva Argentina. Un proyecto nacional revolucionario para el país que queremos”, 20/6/1987.

83 *Infobae*, 7/9/2020. <https://www.infobae.com/politica/2020/09/07/con-una-solicitada-militantes-y-simpatizantes-reivindican-su-lucha-en-el-50-dia-del-montonero/>

parte de la extrema derecha, durante la pandemia reivindicadores de Seinaldín desarrollaron argumentos negacionistas y complotistas.

Los carapintadas siguen estableciendo un carácter “estático” de la identidad nacional, sin rupturas sustanciales con las lógicas anteriores constitutivas de ese espacio. Terminan presentando un programa político confuso fundado en aspectos tradicionalmente presentes en el nacionalismo integrista argentino como el hispanismo, el catolicismo, las teorías conspirativas, el anticomunismo, el antiliberalismo y antiimperialismo. Hay una continuidad que es fácil de advertir en el lenguaje. La mayoría de los carapintadas se mantienen anclados en las representaciones políticas formateadas durante la Guerra Fría, mostrando el peso de las fijaciones estratégicas. La percepción de la política y la sociedad está contenida en la fórmula habitual de la modernidad en general y de la Guerra Fría en particular: divisiones políticas precisas, identidades claras, ideologías contrastantes, elección de campo necesaria, compromiso obligatorio. La persistencia de un discurso anticomunista es reveladora. Se expresa en términos tradicionales de la Guerra Fría. Para los carapintadas, la guerrilla fue la responsable de iniciar la guerra. Adeptos de las teorías de la conspiración, para ellos la “subversión” fue financiada por el establishment angloamericano.⁸⁴ La visión conspirativa de la historia estructurada en la alianza “judeo-marxista-anglosajona” se mantiene arraigada.⁸⁵ Sus representaciones están particularmente condicionadas por las concepciones anti insurreccionales, en particular las que fueron desarrolladas bajo la influencia militar francesa a partir de las experiencias elaboradas en los conflictos coloniales, durante las guerras de Indochina y Argelia:⁸⁶

“Hicimos aquí lo que hicieron los franceses durante la Guerra de Argelia. Sangramos a una generación de jóvenes. Usamos el mismo método, ellos lo hicieron en una colonia de ocupación, nosotros lo hicimos con nuestros compatriotas. Nunca debería pasar entre hermanos, por eso llevamos años hablando de restaurar la armonía”.⁸⁷

La tendencia a comparar el conflicto en Argentina con los conflictos coloniales franceses ha sido permanente en los militares argentinos. El libro del Gral. R. Díaz Bessone es un ejemplo.⁸⁸ Lo que nos habla de las circulaciones estraté-

84 *Veintitres*, 7/2/2002.

85 Al respecto ver Edgardo Manero, *L'Autre, le Même et le Bestiaire...*, cit.

86 El peso de la influencia francesa desde la segunda década del 50 fue tempranamente destacado por Ernesto López en sus trabajos.

87 Entrevista a Hugo Vercellotti, director de Seguridad de San Miguel, *Página/12*, 23/8/1998.

88 Ramón Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria en Argentina 1959-1978*, Editorial Fraterna, Buenos Aires, 1986.

gicas características de una época. La Doctrina de la contrainsurgencia o de la Guerra revolucionaria impulsada por los militares franceses tras la derrota de Argelia formateó las representaciones políticas y estratégicas de los carapintadas. Su difusión trascendió los manuales orientados a la guerra no convencional, los asesores militares y las conferencias de expertos. Así, las novelas de Jean Lartéguy fueron un vector de circulación. Populares a partir del principio de los 60 entre las Fuerzas Armadas, éstas forman parte en los 70 de las lecturas de diversos sectores de la extrema derecha.⁸⁹

Tempranamente, la influencia francesa en las Fuerzas Armadas tuvo un correlato en los vínculos entre los sectores nacionalistas integristas argentinos con grupos de la *Cité catholique* o de la revista *La France catholique* y con miembros de la *Organisation de l'Armée Secrète* (OAS). La tortura se justificaba con argumentos teológicos.⁹⁰ Como en otras sociedades —por su influencia la relación entre el nacionalismo maurrasiano y el catolicismo integrista en Francia debe ser particularmente subrayada— esta corriente une, a través de la tradición, el nacionalismo con el catolicismo integrista. Si los integristas se identifican en primer lugar con la cristiandad, es lógico que, para ellos, la religión sea el criterio para pensar la organización de la sociedad e inclusive de considerar y describir a los “otros”.

Las premisas simplistas que giran alrededor de la oposición entre el bien y el mal y la existencia de un orden natural que caracterizaban la doctrina se perpetúan en una coyuntura muy distinta. Así, para Seineldín, la Guerra Revolucionaria busca alterar los valores impuestos por Dios. Las referencias a la lucha de los “Hijos de la Cruz” contra los “Hijos de las Tinieblas”, a Cristo y al Anticristo eran parte de su discurso. El maniqueísmo siguió geopolíticamente presente: “La guerra entre Dios y el Demonio, que ayer se dio en Malvinas y hoy se da entre Estados Unidos y China”.⁹¹

Los carapintadas interpretan la lucha antisubversiva como una guerra ganada militarmente pero políticamente perdida. Ese discurso, que los trasciende, como se refleja en declaraciones como las de Díaz Bessone o las publicadas en el correo de lectores del periódico *Tiempo militar*, es similar en otras sociedades no sólo latinoamericanas. En Francia, las Fuerzas Armadas pretendían ha-

89 Sobre la recepción por los carapintadas de Lartéguy ver Jérémy Rubenstein, “La doctrina militar francesa popularizada. La influencia de las novelas de Jean Lartéguy en Argentina”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 6/6/2017. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/70524>

90 Sobre el tema ver Mario Ranalletti, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Daniel Feierstein (comp.) *Terrorismo de estado y genocidio en América Latina*, Prometeo, Buenos Aires, 2009, pp. 249-281.

91 *La Nación*, 25/5/2009.

ber Ganado la batalla de Argel; la derrota habría sido producto de una decisión política, de la traición del general de Gaulle.

Para los carapintadas, los militares vencieron militarmente a la subversión impidiendo la implantación de un régimen marxista-leninista, pero fueron derrotados a nivel político-cultural. Su discurso expresa “resentimiento” frente a una sociedad que no reconoce la importancia de las acciones de los militares. Como para todo el nacionalismo integrista, el conflicto continúa, aunque la naturaleza de la guerra habría cambiado. Vieja interpretación, en la estrategia de la “subversión” – inspirada en los postulados de Gramsci –, la paz es una forma de guerra. La sociedad debe hacer frente a un nuevo tipo de conflicto de carácter ideológico que hace de los productos culturales armas y de las instituciones objetivos. Desde los años ochenta, la referencia a las estrategias gramscianas de la subversión ha sido constante entre los carapintadas. En busca de venganza, los “subversivos” actuarían en los medios de comunicación y en la educación; deformando los hechos y manipulando la historia engañan a la sociedad, principalmente a la juventud. Pretenden, por la mentira, reescribir el pasado, reemplazar la historia por una memoria. Para Seineldín, las organizaciones de derechos humanos buscan venganza.⁹² Estas descalificaron, según él, la legitimidad ética de la acción represiva contra los “subversivos”.

Para Seineldín, el país tiene dos instituciones básicas: la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Las dos habrían y son atacadas por un enemigo que busca debilitarlas. La existencia de la Patria estaría vinculada a dichas instituciones. Para los carapintadas, la Iglesia –que no es la de la opción por los pobres– y las Fuerzas Armadas, conformarían un sólo núcleo. Se inscriben en una tradición de la que participaron en otras coyunturas M. Domecq García y J. Bruno Genta, según la cual las Fuerzas Armadas y la Iglesia serían las únicas instituciones capaces de hacer frente a amenazas que resultan de una democracia que conduce al marxismo. Considerando a la religión católica como elemento fundante de la identidad nacional, los carapintadas se inscriben en la tradición que promueve la “nación católica” en tanto modelo alternativo al liberal⁹³; se trata de una vieja cuestión del nacionalismo argentino.

Los años 1930, época de crisis terminal de la hegemonía liberal y preludio a la entrada definitiva en escena de las masas, dejan ver la consolidación de un bloque articulado en torno a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas. Consideradas como depositarias de los valores tradicionales por los integristas, se trata de dos instituciones disciplinarias, coercitivas y organizadoras de las fuerzas sociales, de “masas artificiales” en el análisis freudiano,⁹⁴ que habían sido la base del

92 *Página/12*, 28/6/1998.

93 El reconocimiento de la religión católica como un elemento importante en la construcción de la identidad nacional va más allá del marco del nacionalismo integrista.

94 Sigmund Freud, “Psychologie des foules et analyse du moi”, en sus *Oeuvres complètes*, vol. 16. PUF, París, 1991, pp. 31-32.

orden colonial y poscolonial respectivamente.⁹⁵ El sincretismo entre Fuerzas Armadas, Iglesia y nacionalismo posee en los años 30 un momento fundacional.⁹⁶ Como lo manifiesta Loris Zanatta, la cristianización de las instituciones armadas en el contexto de un proyecto de “vía militar hacia la cristiandad” está en el origen de un actor influyente, el “Ejército cristiano”, y de un objetivo, “un nuevo orden cristiano”. La militarización extrema y la confesionalización de la vida política y del debate ideológico son elementos que surgen de este proceso. Expresión de una Iglesia que avanza sobre la sociedad por la vía de la Acción Católica y de los Círculos Católicos de Obreros, en nombre de una nación esencialmente católica, se promueve la reorganización del Estado y la sociedad de acuerdo con los principios cristianos. Paradójicamente, el desarrollo de uno de los movimientos católicos más fuertes y conservadores de América Latina se produce en un país que, junto con Uruguay, fue uno de los más secularizados de la época.

El golpe militar de 1943 constituye el punto culminante. Sin embargo, los resultados no fueron los esperados. El proyecto católico y el peronismo sólo coinciden en parte. La “nación católica” que se expresa con el peronismo es antiliberal, pero también antioligárquica y antiimperialista y hace de la justicia social su razón de ser. El nuevo orden social termina enfrentado abiertamente a la Iglesia, como sucedió en los años 1950. La movilización antiperonista de los católicos en 1954 alimentó el nacionalismo integrista. A mediados de los años 60, con Onganía, el trinomio Fuerzas Armadas, Iglesia y nacionalismo ocupó nuevamente el Estado y buscó formatear la sociedad. Si bien dirigentes gremiales de extracción peronista se mostraron próximos al gobierno, ya nada era lo mismo.

En una sociedad donde la pertenencia religiosa es un sentimiento más relacionado con la cultura y con la tradición que con un compromiso personal, en la década de 1990 todavía se puede encontrar en Buenos Aires, aunque de manera marginal, grafitis referentes a la “Patria Católica”. En este marco, sectores católicos radicales y conservadores que han visto menguar su influencia bajo la democracia encontraron en Seineldín un lugar y una posibilidad de repercusión en lo político que no tenían dentro de ningún otro partido. En una sociedad laica y con una democracia cristiana inexistente, el nacionalismo integrista constituyó un espacio referencial para sectores católicos, particularmente para los que

95 El catolicismo argentino salió del proceso independentista y de la formación del Estado poscolonial en mejores condiciones que otras sociedades latinoamericanas.

96 La cuestión de los grupos católicos en los regímenes militares en Argentina fue abordada tempranamente por Alain Rouquié, *Intégristes et militaires: les tentatives du national-catholicisme en République Argentine*. Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1972. Sobre el tema ver Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1996. Para una visión del catolicismo argentino ver los trabajos de Fortunato Mallimaci.

valoran la dimensión religiosa en la construcción de una identidad política. Los carapintadas parece ser el último capítulo de una historia del siglo XX.

El componente religioso, un arcaísmo

Los carapintadas no solo rechazan una visión laica de la sociedad; la religión articula sus representaciones políticas y en parte sus prácticas. Así, la concepción política del MODIN se desarrolla a partir de dos principios fundamentales: 1) Dios es la fuente de toda razón y justicia, 2) la independencia y la soberanía nacional son inalienables. Por su parte, entre los rasgos que distinguen al seineldinismo, se encuentra el catolicismo tradicional. El “Frente Nacional y Popular” a fines de los años 90 se basa en los tres principios característicos del nacionalismo integrista: Dios, Patria y Hogar.

La corriente integrista desarrolla un principio de razonamiento según el cual el hombre y la sociedad estarían regidos por una fuerza o una autoridad superior que dicta las leyes: Dios. Los elementos, ya sean del orden de la naturaleza o del orden de la historia, que aparecen en el discurso, dan prueba no sólo de la existencia de un ente superior, sino sobre todo del compromiso divino con la causa nacionalista. A diferencia de Rico y el MODIN, donde la relación con lo religioso es más ambigua, en Seineldín la religión está permanentemente presente en el discurso, independientemente del tema abordado. Los seineldinistas reconocen que son esencialmente católicos,⁹⁷ presentándose como hombres de armas al servicio de Dios y de la Patria, patriotas intransigentes con fe en Cristo y en la resurrección de la Patria. Seineldín se define como cristiano, patriota, marianista y tradicionalista. Para él, la Guerra de Malvinas debía dar lugar a una nueva Argentina capaz de llevar a cabo los designios de la Virgen. Según el Estatuto Constitucional que acompaña el levantamiento de diciembre de 1990, el objetivo del “gobierno revolucionario” era “el vigor de la identidad nacional tradicionalista y cristiana frente a la decadencia de los valores de la argentinidad”.⁹⁸ Los carapintadas se refieren a valores tales como la patria, la religión, la familia y el trabajo. Existe el sentimiento, entre los carapintadas, de la falta de reconocimiento de la religión y de sus valores en una sociedad que, detrás del laicismo, esconde una concepción atea y materialista. Estos toman posiciones sobre temas sociales como el aborto, la relación Iglesia-Estado, la educación, etc. La dimensión moral ocupa un lugar central en su concepción del mundo. La clásica referencia del nacionalismo integrista a la decadencia moral de la sociedad y la negativa al divorcio va acompañada de críticas a las prácticas

⁹⁷ *Página/12*, 26/8/1998.

⁹⁸ *Ámbito Financiero*, 13/12/1990.

sexuales definidas como “antinaturales” como la homosexualidad, considerada como una enfermedad o un defecto.⁹⁹

El vínculo que los carapintadas establecen entre ideología y religión es del orden del compromiso. El pensamiento teológico tiene una doble función: la de legitimación y la de movilización. Una forma de mesianismo instituye la obligación de actuar. Los garantes meta sociales, como Dios y la Patria, instituyen absolutos que obligan al cumplimiento del deber político. El nacionalismo, y la concepción de la Nación y de la sociedad que esta corriente desarrolla, pone en entredicho los valores del mundo moderno y la herencia de la Ilustración, valores que acompañaron la construcción de la Nación en Occidente: la secularización, la democratización, la ciudadanía, etc.

La crítica a una Modernidad pensada como autonomía de la razón y antropocentrismo los conduce a reivindicar otro componente tradicional del nacionalismo argentino: el hispanismo. Desde fines del siglo XIX, frente al proyecto liberal y positivista de la elite se desarrolló la reivindicación de las raíces hispánicas en la identidad nacional. A lo largo del siglo XX, la tradición hispánica nutrió al antiimperialismo tanto por izquierda como por derecha. En los sectores integristas, las críticas hacia el mundo moderno se yuxtaponen con la nostalgia por el orden feudal europeo en general y por la España de la conquista en particular, expresado en la preeminencia de lo religioso y de lo militar, como testimonia el himno de la organización nacionalista Restauración: “Con la cruz convertida en espada restauraremos la fe nacional”.¹⁰⁰ En su forma más extrema, la cruz y la espada son acompañadas por la imaginería medieval, la exaltación de las axiologías propias de las Órdenes de Caballería y la invocación de los temores clásicos de Occidente.¹⁰¹ La estética y el trato recíproco en los primeros momentos de Tacuara¹⁰² —pelo corto y brazaletes con la Cruz de Malta— o los estandartes de Tradición, Familia y Propiedad, son buenos ejemplos.¹⁰³ Nostálgicos de la tradición católica y de la España realista, entre cruzados y conquistadores, los carapintadas recuperan el discurso hispanista. El adelantado español con la espada y la cruz vino para convertir a los aborígenes, para hacerles conocer la verdad: “...su espada recta y firme en forma de cruz, aseguraba que eran los herederos del orden sociocultural de los griegos, del orden político-cultural de los romanos, del orden religioso de los cruzados y que por

99 Veintitrés, 7/2/2002.

100 Manuel de Lezica, *Recuerdos de un nacionalista*, Astral, Buenos Aires, 1968, p. 10.

101 Sobre el temor y la amenaza en la Edad Media europea ver Jean Delumeau, *La peur en Occident*, Pluriel-Hachette, París, 1978.

102 Ver Daniel Gutman, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Javier Vergara, Buenos Aires, 2003.

103 Comisión de Estudios de la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, *El Nacionalismo: Una incógnita en constante evolución*. Buenos Aires, 1970.

medio de la empresa española expandieron maravillosamente el plan de Dios de difundir la fe hasta los hombres más humildes del planeta.”¹⁰⁴

Las fijaciones estratégicas como límites

Los carapintadas buscaron expresar al pueblo y a la nación. Sin embargo, a diferencia del chavismo, con quien más que la figura de N. Ceresole los unía un conjunto de representaciones políticas próximas estructuradas a partir de la interrelación del Ejército y del pueblo en un movimiento cívico-militar, el nacionalismo, el antimperialismo y la concepción agonista de lo político, los carapintadas no constituyeron en un movimiento contestario expresando demandas populares. Los carapintadas no lograron trascender el condicionamiento de sus representaciones políticas. En particular, el peso de las fijaciones estratégicas condicionó su comprensión del mundo en gestación.

Las fijaciones estratégicas designan el modo de inscripción de ciertos contenidos representativos que persisten de modo inalterado en la evaluación de las relaciones internacionales e intergrupales. El uso de la noción de fijación estratégica hace referencia a la idea de una persistencia de esquemas anacrónicos de comportamiento y de interpretación.¹⁰⁵ El anacronismo tendría un aspecto doble: se trataría, por un lado, de la institución de representaciones fuera de una temporalidad precisa, que consistiría en no situar el acontecimiento en su fecha o en su época. Por otro lado, refiere a una cierta invariabilidad en la percepción del objeto vinculada al hecho de que la variable tiempo no tendría consecuencia sobre las representaciones. En estas condiciones, la percepción no cambiaría. El objeto estratégico sería inmutable y atemporal. Ahora bien, las amenazas en general son ampliamente evolutivas. No obstante, su evolución se inscribe en tendencias lentas que afectan de modo diferente a los diversos sujetos políticos. Las nuevas problemáticas estratégicas coexisten con la memoria histórica, con el recuerdo de amenazas atávicas que sobreviven en el imaginario de las sociedades al mismo tiempo que sus condiciones de producción habrían desaparecido. Las sociedades constituyen realidades históricas y la gestión de la amenaza de muerte y la pregunta por cómo garantizar la supervivencia está inscrita en el tiempo largo. La memoria desempeña allí un papel crucial. Las fijaciones estratégicas no pueden ser separadas ni de la memoria histórica, ni del arraigo de ciertas representaciones. Todas las sociedades no mantienen el mismo tipo de relación con su historia. Hay representaciones que quedan relativamente sin modificar, aun cuando se hayan producido transformaciones concernientes a las identidades y a las capacidades de los actores que componen la fuente de la amenaza o al modo según el cual la amenaza era ejercida a lo largo de la

104 Mohamed A. Sineldín, Lyndon H. LaRouche, et al., *El complot para aniquilar a las Fuerzas Armadas y a las naciones de Iberoamérica*, Ed. EIR, Mexico, 1993, p. 14.

105 Edgardo Manero, *Nacionalismo(s), política y guerras en la Argentina plebeya...*, cit., p. 79.

historia. Ahora bien, las relaciones de enemistad, al igual que toda relación, llevan siempre en sí la posibilidad de la transformación. Están inscriptas en una temporalidad específica y quedan abiertas al cambio. Los seres humanos no están condicionados por ningún determinismo. Tienen siempre la posibilidad de actuar sobre sus relaciones con el “otro”, lo cual permite que una hostilidad, aunque esté arraigada en la historia, se modifique.

Conclusión

El movimiento carapintada no se reduce al actor militar. En él converge la canalización de demandas varias, inclusive antagónicas. La heterogeneidad se manifiesta no sólo en puntos doctrinales divisorios o en recorridos disimiles. Los oportunistas de la política bajo sus diferentes formas cohabitan con militantes y simpatizantes convencidos. En los carapintadas se expresó tanto la lógica constitutiva del conflicto durante la Guerra Fría, construida bajo la influencia de la Doctrina de la Seguridad Nacional, como los nuevos problemas emergentes con la post-Guerra Fría y la globalización como proceso y como ideología. Este espacio destaca el sincretismo entre las distintas formas que ha adoptado el pensamiento nacionalista en la Argentina ilustrando la permanencia de vasos comunicantes entre “derechas” e “izquierdas” y las circulaciones entre nacionalismos, peronismos e izquierdas, y en particular sus límites. El nacionalismo, el antiimperialismo, el antiliberalismo, la tercera posición y, en el caso del peronismo, una cultura estratégica común, habilitaron espacios de circulación e inclusive reconversiones militantes.

Desde fines del siglo XX, el escenario político latinoamericano tiene la particularidad no sólo de fusionar viejas tradiciones de protesta social con actores sociales y políticos forjados en los conflictos propios del ciclo “neoliberal”, sino también de convocar nuevamente a la nación como espacio de resistencia. La globalización generó, paralelamente a la descomposición de las formas tradicionales adoptadas por los colectivos de identificación propios de períodos históricos anteriores, nuevas reivindicaciones identitarias, incluso en relación con el nacionalismo. En los años 90, los movimientos de resistencia al neoliberalismo han desarrollado formas originales de pensar el conflicto y sus actores, que en muchos casos no marcaron una ruptura, sino una cierta reformulación, aunque con novedades importantes respecto a luchas y proyectos políticos anteriores. Es el caso de los militares en ruptura con la promoción de representaciones estratégicas transnacionales por parte de Estados Unidos.

En este marco, la experiencia de los carapintadas contrasta dejando ver su arcaísmo. Mas allá de los discursos críticos del neoliberalismo y de sus análisis en muchos aspectos premonitorios sobre la globalización como proceso y como ideología, el nacionalismo de los carapintadas poco tienen que ver con los movimientos que procuraron la apropiación de soberanía nacional y popular. Más

que canalizar demandas de soberanía, esta forma de nacionalismo continuó desarrollando una reivindicación nacional excluyente, enraizando la cuestión nacional en elementos culturales y territoriales. Los carapintadas constituyeron un movimiento complejo, formateado alrededor, en muchos casos, de intereses individuales, incluidos los negociados políticos y económicos que llevaron a cambios de posiciones. Fueron un movimiento incapaz, por un lado, de reunir a las masas y de instituirse como representante de los sectores nacionales y populares a los que se remite, aunque los constituya en entes abstractos, sin contenidos sociales. Y, por otro lado, no logró imponerse como un actor político independiente, no sólo de los militares sino también del peronismo(s). En la relación con este los carapintadas evidenciaron todo su anacronismo. No sólo la legitimidad social adquirida por la democracia representativa condicionaba las representaciones políticas compartidas por peronistas y sus aliados con los carapintadas. Tras la experiencia de 1976, la figura del militar como salvador se marginalizó. Resuelto el conflicto por el modelo de sociedad tras el golpe de Estado de 1976, la inestabilidad posterior a 1955 fundada en la exclusión del peronismo del sistema político desapareció.

Herederos de una concepción esencialista de la identidad que data de fines del siglo XIX,¹⁰⁶ como el resto del nacionalismo integrista, los carapintadas continuaron persiguiendo un mismo objetivo, a saber, una “Revolución Nacional”, estructurada sobre ideales jerárquicos y un ejercicio autoritario del poder, legitimada por una tradición nacional hipotética desarrollada a partir del sustrato “católico e hispano” convertido en “occidental y cristiano” en el contexto de la Guerra Fría. Su proyecto político nunca pudo trascender su origen condicionado más por la resistencia a los juicios a los militares que por la voluntad de rectificar el papel que había cumplido el Ejército no sólo en Malvinas sino, fundamentalmente, bajo la dictadura.

106 Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001; Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.